



C & P

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación: Historia, Archivística y Redes de Investigación

Número 7, 2016, pp. 312-359 • ISSN 2027-5528 Web

Hasta que la crisis nos separe. Alfonsín, De la Rúa y el partido Radical durante el gobierno de la Alianza (1999-2001)

Until death do us part. Alfonsín, De la Rúa and the radical party during Alianza's government (1999-2001)

Julián Zicari

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Universidad de Buenos Aires

CONICET

orcid.org/0000-0002-8575-2636

Recibido: 16 de mayo de 2016

Aceptado: 21 de agosto de 2016



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Hasta que la crisis nos separe. Alfonsín, De la Rúa y el partido Radical durante el gobierno de la Alianza (1999-2001)

Julián Zícarí
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
CONICET

Licenciado en Historia y en Economía por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. Doctorando en Ciencias Sociales en la misma universidad. Ejerce como docente en la UBA y como becario-investigador del CONICET.

Correo electrónico: sanlofas@hotmail.com

ORCID ID: orcid.org/0000-0002-8575-2636

Resumen

El presente trabajo intentará dar cuenta de las relaciones que mantuvieron durante el gobierno de la Alianza (1999-2001) el presidente Fernando De la Rúa con Raúl Alfonsín y los principales cuadros del partido radical. Para ello, primero se repasará la dinámica de la Unión Cívica Radical (UCR) desde 1973 hasta 1999. A continuación se dará cuenta de las principales tensiones internas del radicalismo cuando asumió el gobierno con la Alianza en 1999, para luego abordar cómo se realizaron diversos intentos de recomposición de la desgastada relación entre presidente y partido desde octubre de 2000 hasta las elecciones de octubre de 2001, periodo en el que primó una pauta de conciliación y conflicto permanente. Así, una vez enfatizado esto, se analizará cuál fue el rol del partido en los últimos meses del gobierno de De la Rúa.

Palabras clave: De la Rúa, Alfonsín, Unión Cívica Radical (UCR), Alianza, 2001, Argentina.

Until death do us part. Alfonsín, De la Rúa and the radical party during Alianza's government (1999-2001)

Abstract

This paper will attempt to account for the relationships maintained during the government of the Alliance (1999-2001) President Fernando De la Rúa, Raúl Alfonsín and the principal exponents of the radical party. To do this, first the dynamics of the Radical Civic Union (UCR) it will be reviewed from 1973 to 1999. Here you will find the main internal intentions of radicalism when it took office with the Alliance in 1999, and then address how they performed various attempts at restructuring the frayed relationship between president and party from October 2000 until October 2001 elections, a period in which prevailed a pattern of reconciliation and permanent conflict. Thus, once we emphasized this, we will analyze what was the role of the party in the last months of the de la Rúa.

Keywords: De la Rúa, Alfonsín, Radical Civic Union, Alianza, 2001, Argentina.

Introducción. La relación partido-gobierno y la reciente inestabilidad política en América Latina

En la causa judicial que investigó un supuesto “complot” para poner fin al gobierno de Fernando De la Rúa existe una curiosa declaración de su ex ministro Domingo Cavallo al respecto. En ella, a pocos meses del final del gobierno de la Alianza, dice: “Entre los días 19 y 30 de diciembre de 2001 se produjo un golpe institucional durante cuyo transcurso renunciaron los presidentes Fernando De la Rúa y Adolfo Rodríguez Saá. El objetivo del golpe institucional fue la cesación de los pagos del Estado Argentino y la destrucción del régimen de convertibilidad”. Hasta aquí la declaración es dentro de todo “esperable” y “conocida”. Los gobiernos que terminan en forma anticipada siempre acusan a intereses oscuros de ser los grandes responsables de forzar la finalización de sus mandatos, puesto que con ello se evaden culpas y se evita también el trabajo de admitir errores propios. Además, prácticamente desde cuando finalizó el gobierno de la Alianza en la Argentina han existido suspicacias acerca de un complot. Sin embargo, lo curioso de la declaración de Cavallo es que da nombres y apellidos por demás interesantes. Allí, continuando lo anterior, agrega: “Los promotores del quiebre institucional fueron los dirigentes del Partido Radical; en particular el Diputado Nacional Leopoldo Moreau, principal autor intelectual así como el gobernador Ángel Rozas (Presidente del Partido Radical). Por supuesto, ellos no podrían haber hecho lo que hicieron sin la aprobación del ex presidente Raúl Alfonsín”¹. Las palabras de Cavallo para más de un lector desprevenido de los acontecimientos podría parecerle una locura total o una contradicción en sí misma, ya que no entendería por qué hubieran sido los radicales los encargados de forzar la finalización de su propio gobierno, de causar de ese modo tamaño daño al partido y en el largo plazo también a sí mismos. Empero, como buscaremos abordar en este trabajo, las relaciones entre el presidente radical De la Rúa y gran parte de su partido fueron más

¹ La declaración corresponde al expediente judicial 348/2002 y la declaración fue presentada el 19 de abril del 2002 ante el juez Norberto Oyarbide. Cavallo subió a su propio sitio web (www.cavallo.com) la declaración completa, aunque luego de la muerte de Alfonsín quitó el nombre de éste y agregó el de otros radicales. La declaración también se puede consultar en línea en www.nber/confer2002/argentina02 [última consulta 22/03/2011]. Ver las repercusiones en la prensa al respecto en (Diario Judicial, 20 de abril del 2002), (Río Negro, 20 de abril del 2001) y (Clarín, 20 de abril del 2001).

conflictivas que cooperativas –especialmente con el sector que Alfonsín lideraba- durante todo el gobierno de la Alianza (1999-2001), incrementando constantemente los desacuerdos hasta finalmente caer en un enfrentamiento notorio entre uno y otros.

En este sentido, la literatura reciente sobre la inestabilidad de la vida política latinoamericana ha señalado que uno de los elementos fundamentales para que los gobiernos logren sobrevivir es contar con un fuerte respaldo partidario-coalicional, puesto que los presidentes que suelen desentenderse de sus partidos o no tenerlos en cuenta tienen altas chances de quedar aislados, debilitarse y finalmente caer sin tener red de contención alguna que los pueda proteger. En efecto, en las recientes indagaciones histórico-políticas de Latinoamérica se han buscado diversos tipos de caracterizaciones para explicar el desenlace final de las presidencias para los gobiernos de la década de 1990 y de los primeros años de la siguiente, como fueron las renunciaciones, juicios políticos y destituciones de Fernando Collor de Melo en Brasil (1992), Carlos Andrés Pérez en Venezuela (1993), Jorge Serrano en Guatemala (1993), Ernesto Samper en Colombia (1996), Adbalá Bucaram en Ecuador (1997), y Raúl Cubas Grau en Paraguay (1999). Entre las explicaciones posibles, se ha apelado a hablar de “un nuevo patrón de inestabilidad” para América Latina que ya no se encontraría más vinculado al intervencionismo militar como en viejas épocas sino a nuevas formas específicas de la construcción de la institucionalidad latinoamericana (Pérez-Liñán, 2009); en otros casos no se ha enfatizado tanto la irrupción de nuevos patrones políticos, sino más bien la persistencia de un viejo vicio de la política latinoamericana como es el protagonismo de “partidos informales” como forma de estructurar la competencia democrática (Freidenberg y Levitsky, 2007). En otra dirección, hay autores que más bien lo que han señalado es que el eje explicativo debería centrarse en la característica más sobresaliente de la institucionalidad latinoamericana, como es su régimen presidencialista y el tipo de liderazgos que éste permite edificar (Lanzaro, 2001; Ollier, 2004), como también el tipo de vinculación que establecen los presidentes con las coaliciones políticas que lideran, enfatizando especialmente la distribución de los cargos y el lugar otorgado a otros miembros de la coalición en la toma de decisiones (Corrales, 2010; Bovenchi y Palermo, 2000). Aunque en todos los casos, más allá de las distintas

perspectivas señaladas, la mayoría de los autores parecen coincidir en la importancia del tipo de vínculo que guardan los presidentes con las bases partidarias que los encumbran, entendiendo que si los primeros se desentienden de los segundos se facilita que la supervivencia política se vea amenazada, generando virtualmente una guerra fratricida de hondas consecuencias. Por lo que, al abordar la forma en que funcionó la relación entre el presidente Fernando De la Rúa y su partido durante la crisis 2001, podrá ser una buena oportunidad para considerar todas las hipótesis repasadas y reflexionar en qué medida el caso argentino guarda relación con los otros ejemplos latinoamericanos señalados. Finalmente, con dicho abordaje también creemos que se podrá llenar un vacío especialmente notorio en la literatura de las ciencias sociales de la Argentina, en la cual si bien se realizan muchos estudios sobre el partido peronista (Silleta, 2001; Azardum, 2004; Levistky, 2005; Mustapic, 2005; Raus, 2014; Zícari, 2016b) no proliferan los análisis acerca del radicalismo, aun cuando éste es también uno de los partidos políticos más importantes del país².

Para llevar adelante nuestros objetivos entonces haremos una reconstrucción histórica basada esencialmente en archivos periodísticos y otro tipo de fuentes, para abordar la trayectoria de las elites políticas radicales y de sus liderazgos durante la crisis argentina del 2001. Así, primero repasaremos brevemente la dinámica de la Unión Cívica Radical (UCR) y la de sus principales líderes desde 1973 hasta el momento en el que el partido llega al gobierno en 1999 tras formar en 1997 la Alianza junto al Frepaso (Frente para un País Solidario). A continuación se dará cuenta de las principales tensiones internas del radicalismo al asumir la Alianza, la progresiva descomposición de dicha coalición y del rol jugado por la UCR en ello. Luego, se abordará cómo se realizaron diversos intentos de recomposición de la desgastada relación entre presidente y partido desde octubre de 2000 – momento en que renunció el vicepresidente Álvarez- hasta las elecciones octubre de 2001, periodo en el que primó una pauta de conciliación y conflicto permanente. Así, una vez

² Algunas excepciones a esto son Persello (2007), Ollier (2010) y Obradovich (2011). Por su parte, un estado de la cuestión que recorre los distintos tipos de explicaciones sobre la crisis 2001 se puede encontrar en Zícari (2016a).

enfaticado esto, se analizará cuál fue el rol del partido en los últimos meses del gobierno de De la Rúa. Finalmente, el trabajo cerrará con algunas conclusiones al respecto.

De la rivalidad a la cooperación: De la Rúa, Alfonsín y la UCR (1973-1999)

La relación entre Fernando De la Rúa y Raúl Alfonsín jamás fue fácil. El primero se convirtió inesperadamente en una joven estrella dentro del radicalismo cuando en las elecciones de marzo de 1973 fue el único candidato de todo el país que logró vencer al peronismo en al menos un distrito. Esa victoria, ocurrida en la importante Capital Federal, se debió sin embargo más a los errores del peronismo que a los meritos que pudiera haber logrado el joven abogado cordobés, puesto que en dicha elección se postuló por el Partido Justicialista (PJ) el nacionalista y semifascista Marcelo Sánchez Sorondo, un ‘piantavotos’ como lo acusó de ser el mismo Perón. Además, la Capital Federal era un duro e histórico bastión anti-peronista en el país. Así, casi sin esperarlo, De la Rúa pudo ascender a toda prisa en su carrera política y ganar de imprevisto fama tras la mística que despertó su triunfo. De este modo, cuando fueron las elecciones de septiembre de ese mismo año con una segunda elección presidencial, Ricardo Balbín –el histórico líder radical- eligió esta vez a De la Rúa para que lo acompañara en su boleta presidencial como candidato a vicepresidente para enfrentar la formula Perón-Perón, aunque sin éxito alguno. No obstante, más allá de esta derrota, el curso de la historia tendría sorpresas para los líderes radicales. En este caso, con la desintegración interna del peronismo poco después de que éste accediera a la presidencia, la dictadura militar y la muerte de Balbín, al renacer la democracia De la Rúa pudo convertirse en el heredero natural del balbinismo (representado este último por la corriente interna radical *Línea Nacional*) y estar cerca de adueñarse de toda la estructura de la UCR. Sin embargo, fue durante esos mismos años que la línea interna más anti-balbinista del radicalismo a cargo de Raúl Alfonsín fue la que más supo crecer bajo el *Movimiento de Renovación y Cambio*, la cual clamaba por un cambio de postura del partido con respecto a la cercanía que siempre había mostrado la UCR –

especialmente el de las corrientes que Balbín encabezaba- en relación a los gobiernos militares. Así, con este nuevo escenario, en 1983 la UCR dirimió a su candidato presidencial entre el viejo balbinismo a cargo de De la Rúa y el ascendente renovador que Alfonsín supo construir. Allí, la victoria de éste último representó todo un eclipsamiento para De la Rúa –quien debió replegarse en la Capital Federal como único bastión propio- mientras el raid alfonsinista creció hasta llegar a la presidencia de la Nación y volverse la línea hegemónica dentro de la UCR durante años.

Una vez pasado el gobierno de Alfonsín (1983-1989), y con la debacle hiperinflacionaria final que éste representó y el triunfo del peronista Menem en las elecciones presidenciales (1989-1999), De la Rúa supo sacar revancha del naufragio alfonsinista. Por un lado, porque el cordobés recuperó protagonismo cuando volvió a ser uno de los pocos candidatos radicales que se impuso en su distrito frente al triunfo peronista: cuando se presentó en 1989 como candidato a senador por la Capital Federal terminó primero en la elección. Por otro lado, el declive alfonsinista le permitió a las líneas contrarias dentro de la UCR disputarle el liderazgo del partido. En este caso, fue el emergente del gobernador de Córdoba Eduardo Angeloz –y quién también había sido el candidato presidencial del partido en 1989- el que logró formar un polo alternativo para arrebatarse el control de la UCR a Alfonsín, puesto que Angeloz no sólo confrontaba con Alfonsín por cuestiones de liderazgo sino que también lo hacía por representar una marcada distancia en la línea ideológica. Así, mientras Alfonsín había sido cultor de un perfil socialdemócrata que lo ubicaba en la centro-izquierda del partido, con ideas progresistas, cercano a las políticas keynesianas, mercadointernistas y de defensa del Estado de Bienestar, Angeloz representaba a los grupos de centro-derecha del radicalismo, era cultor de un pensamiento conservador y en materia económica acordaba con el programa neoliberal de apertura económica, privatizaciones y achicamiento del Estado, programa llevado adelante por ese entonces por el presidente Menem. El mismo Angeloz se encargó de decir en un reportaje que el éxito contra la inflación que finalmente conquistó el peronismo se debió a que Menem “le robó el libreto” (Clarín, 22 de agosto de 1994). En este contexto, De la Rúa se encontraba mucho más cercano a los planteos de Angeloz que a

los de Alfonsín, puesto que también era una persona de perfil ideológico conservador y cercano a las ideas neoliberales en el terreno económico. Empero, De la Rúa no participó abiertamente en las disputas nacionales de la UCR durante la primera mitad de la década de 1990 sino que prefirió reforzar su influjo en la Capital Federal, lugar en el que logró la presidencia del Comité Distrital y en el que pudo volver a imponerse de manera cómoda en 1991 y 1992. Con lo que, mientras el partido continuó en manos de Alfonsín y tuvo durante la primeros años noventa un notorio retroceso electoral, De la Rúa pudo ir a contramarcha de este curso y seguir siendo uno de los pocos vencedores de la UCR frente al peronismo.

Sin embargo, más allá de estos zigzagueos, fue en 1993 cuando De la Rúa y Alfonsín volvieron a enfrentarse. En este caso, la disputa fue por la Reforma Constitucional propuesta por Menem. Aquí, frente al desafío que implicó que el peronismo pudiera lograr dicha reforma con algunas alianzas menores con partidos provinciales –y bajo la amenaza de realizar un plebiscito para lograrla-, el grueso de la estructura radical prefirió ceder y acodar una reforma con el PJ e introducir con ello algunas modificaciones de su interés. Además, los cuatro gobernadores radicales apoyaron públicamente la reforma porque estos tenían acuerdos bipartidistas con el PJ en sus provincias. Así, Alfonsín, que había sido elegido presidente partidario una vez más en noviembre de 1993, fue la cara más visible de los acuerdos con el peronismo cuando celebró ese mismo mes el “Pacto de Olivos” junto a Menem y donde estableció las pautas básicas para la reforma. Dentro del radicalismo sólo dos líneas de importancia no respaldaron el acuerdo con el peronismo. Una de ellas fue, curiosamente, la que encabezaban los sectores más ortodoxamente alfonsinistas, en la que confluían los bonaerenses Leopoldo Moreau y Federico Storani, junto al porteño Rodolfo Terragno. La otra línea fue la que lideró De la Rúa, que se mostró más intransigente al respecto, para llegar a declarar: “Primero me corto las manos antes de firmar esa reforma” (Cit. en Novaro, 2009, p. 459). De este modo, y más allá de estas oposiciones menores, la actitud mayoritaria de la UCR fue apoyar la reforma y garantizar los votos necesarios para que se realizara.

Igualmente esto, el resultado final para la UCR luego de hacer el pacto con el peronismo no fue gratuito: el partido sacó sólo el 20% de los votos de 1994 en la elección para constituyentes y el 16% en la elección presidencial de 1995 (Acuña, 1995; Zícari, 2013b). Estos retrocesos electorales, cada vez más pronunciados en la UCR, fueron lentamente capitalizados primero por el Frente Grande en 1994 y luego por el naciente Frepaso, que en 1995 terminó en segundo lugar en la elección presidencial, desplazando al radicalismo a un pobre tercer puesto en las Menem volvió a imponerse en los comicios para el periodo (1995-1999).

La debacle radical de 1995 le permitió a las líneas de la UCR contrarias al “Pacto de Olivos” cobrarse una suerte de revancha por lo que implicó realizar un acuerdo contra el que se opusieron. Así, sobre finales de 1995 Rodolfo Terragno llegó a la presidencia de la UCR no sólo por haberse opuesto al pacto, sino también porque había sido uno de los pocos radicales junto a Federico Storani que había intentado construir un frente anti-menemista con el Frepaso para evitar una nueva victoria peronista en 1995. Igualmente, más allá de esto, y como una suerte de ironía de la historia, De la Rúa terminaría siendo el radical más beneficiado con la reforma Constitucional de 1994, puesto que una de las novedades que ésta trajo fue permitir la elección directa del Jefe de Gobierno porteño. Así, en 1996, tras desinteligencias internas del Frepaso que no logró presentar un candidato atractivo para dicha elección Fernando De la Rúa conquistó el poder ejecutivo de la Capital Federal y logró una proyección nacional todavía mayor a la que ya venía acumulando. Con todo, fue en 1997 cuando todas las tendencias previas se conjugaron y definieron un nuevo escenario para los partidos políticos de la oposición. En este caso, a la alicaída UCR se le vaticinaba que volvería a tener malos resultados ese año en manos del ascenso Frepaso: en la provincia de Buenos Aires cuando la frepasista Fernández Mejjide presentó su candidatura allí desplazó en las encuestas al tercer lugar a Raúl Alfonsín, mientras que en la Capital Federal Álvarez iba en camino a dejar en segundo lugar a Terragno. Es decir, en los dos principales distritos argentinos el radicalismo quedaría relegado, aun cuando importantes dirigentes partidarios se postularan en ellos. Chacho Álvarez desde hacía rato que pugnaba

por construir una coalición para enfrentar al peronismo³. En este escenario, el radicalismo aparecía con cursos de acción divididos con respecto a cómo se debería actuar. El sector que encabezaba Terragno era muy propenso a constituir una coalición con el Frepaso, por parte de Alfonsín y De la Rúa eran más bien moderadas y mostraban poco convencimiento sobre ello, mientras que el gobernador de Córdoba Ramón Mestre era abiertamente contrario⁴. Sin embargo, el temor a sufrir una nueva derrota electoral o dejar muy relegada a la UCR pudo más: a fin de julio Alfonsín declinó su candidatura para forzar un acuerdo con el Frepaso, que finalmente se selló al comenzar agosto y por el cual nació la Alianza.

Con la creación de la Alianza y la coalición armada entre la UCR y el Frepaso, se dio luz a una herramienta política que volvía a vigorizar al radicalismo y a dejarlo con serias posibilidades de recuperar al gobierno nacional en 1999. El triunfo electoral de 1997 fue un excelente antecedente que les permitió a los partidos socios sumar una gran cantidad de bancas en conjunto y sentar un claro anticipo de lo que podría ocurrir en la elección presidencial próxima. La conducción de la Alianza en principio se pautó que se realizara de forma colegiada y con integrantes de los dos partidos, a través del denominado “Grupo de los cinco” compuesto –por parte del Frepaso- por Álvarez y Fernández Meijide y, de parte del radicalismo, por Terragno –uno de los máximos promotores- Alfonsín –principal líder partidario- y De la Rúa –el dirigente con mayor aceptación en los sondeos-, con el fin de institucionalizar el proyecto, dirigir las campañas electorales, tomar las principales decisiones y elaborar los programas.

En este contexto la resolución de la fórmula electoral de la Alianza para 1999 devino clave, especialmente para el radicalismo, ya que por el peso de su estructura partidaria como por su larga penetración territorial, era casi seguro que encabezaría la

³ Por ejemplo, Álvarez había señalado sobre fin de 1996: “Si en esta situación de crisis, con la acumulación de indignación social, con el grito furioso de sacarse a Menem de encima, con el apagón, con las huelgas, no se vence al PJ, se consolida la idea de la ‘invencibilidad del peronismo’ [...] si no hay alianza en 1997 no hay alianza en 1999” (Página 12, 24 de noviembre de 1996).

⁴ Mestre sostendría durante mucho tiempo su rechazo a la Alianza. Así declaró tiempo después que “la Alianza fue un error del radicalismo” (Clarín, 19 de marzo de 1998). Incluso, llegaría a adelantar las elecciones en Córdoba para separar lo sucedido en su provincia con los resultados que pudiera obtener la Alianza a nivel nacional (aunque esta última jugada le saldría realmente mal: tras adelantar los comicios casi un año, el peronista De la Sota terminaría por imponerse en la gobernación allí en diciembre de 1998).

boleta presidencial frente al Frepaso. Los candidatos de la UCR que buscaron disputar la candidatura del partido fueron dos: Rodolfo Terragno y Fernando De la Rúa. Fue aquí donde la intervención de Alfonsín se volvió una vez más perentoria. Por un lado, porque Alfonsín primero pactó con la vieja estructura radical para que De la Rúa fuera el nuevo presidente del partido para el periodo 1997-1999 y con ello hacer explícito que los sectores mayoritarios de la UCR deseaban que éste fuera quien encabezara la fórmula. La buena imagen que tenía De la Rúa en la sociedad y en las encuestas lo volvían el mejor candidato del partido, a la vez que era casi imposible que –por ello- Terragno lo pudiera vencer en una elección interna. Con esta actitud Alfonsín dejó entrever que lo mejor era que no hubiera ninguna disputa interna y que el partido se mostrara unificado detrás de la candidatura de De la Rúa. Por otro lado, y para terminar de definir esto, fue la fuerte presión de Alfonsín sobre Terragno la que hizo que éste diera de baja su pre-candidatura para que el radicalismo tuviera un solo candidato. Así, De la Rúa se volvió primero el candidato único de la UCR para la interna aliancista y luego de la Alianza cuando venció a Fernández Meijide en dicha elección por la candidatura presidencial⁵. Con lo que, sobre fin de 1999 se volvería presidente del país cuando la fórmula aliancista De la Rúa-Álvarez se impusiera en las urnas frente a la lista peronista encabezada por Eduardo Duhalde. La propuesta electoral de la Alianza para triunfar se había basado en la promesa de mantener el sistema de convertibilidad –por el que existía un tipo de cambio fijo entre el dólar estadounidense y el peso argentino bajo una relación de ‘uno a uno’- y de luchar contra la corrupción con el fin de transparentar las instituciones. Finalmente, como una forma de agradecimiento y como un símbolo de buena voluntad, De la Rúa se encargó rápidamente de pautar con los principales dirigentes del radicalismo para que Alfonsín volviera a ser el presidente del partido para el periodo 1999-2001.

⁵ A propósito de esto, como señaló Di Mauro (2003: 46), “se consumó la paradoja de que un fervoroso aliancista como Terragno quedara en el camino, en beneficio de quien poco simpatizaba con el Frepaso y nada había hecho en favor de conformar la Alianza [como De la Rúa]. A pesar de lo cual, resultaría el principal beneficiado del acuerdo entre ambos partidos”.

La Alianza en el gobierno. De las tensiones internas a la progresiva descomposición (diciembre de 1999 a octubre de 2000)

El cuadro de situación que encontró la Alianza al asumir la presidencia del país fue lo que típicamente se caracteriza como “gobierno dividido” o “empate institucional”, puesto que la coalición estuvo lejos de tener un alto control de las principales instituciones del país. El peronismo controlaba catorce de las veintitrés provincias (incluyendo las tres más grandes: Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe); mientras que la Alianza, por más que triunfó con su boleta presidencial en casi todo el territorio, sólo pudo tener para sí plenamente seis provincias (Mendoza, Entre Ríos, Catamarca, Chaco, Río Negro y Chubut), muy parcialmente una séptima (San Juan, en la que la coalición de partidos que se impuso allí tenían un rol menor tanto la UCR como el Frepaso), y un octavo distrito que era sólo una ciudad (Capital Federal). Del mismo modo, tras la derrota de Fernández Meijide en la elección para la gobernación provincia de Buenos Aires, el Frepaso terminó por reforzar su rol como socio menor de la Alianza, ya que en menos un año una de sus principales figuras había sufrido dos derrotas de peso (primero con De la Rúa y luego con Ruckauf por la gobernación de Buenos Aires); esto no era un dato menor si consideramos que el principal objetivo llevado adelante por la Alianza era de corte electoralista. Así, el Frepaso debió resignarse no sólo a tener un menor caudal institucional del estimado, sino que éste se tradujera en la conformación de un poder político notablemente desbalanceado: además de quedar sin la provincia de Buenos Aires y de que la UCR obtuvo el premio mayor y sin comparación de poner al presidente en un país de larga tradición presidencialista, el equilibrio interno del gabinete nacional terminó por relegarlo mucho: los frepasistas sólo tuvieron dos ministerios de un total de diez, ocho secretarías (de 42) y cuatro subsecretarías (de 58) (Ollier, 2001, p. 159). Es decir, se desdibujó rápidamente cualquier ilusión de “paridad” entre ambas fuerzas y la Alianza se convirtió en una coalición de acentuado sesgo radical⁶.

⁶ Este desbalanceo señala además un problema de desproporción política mayor si se considera que, del total de votos presidenciales obtenidos por la Alianza en 1999, el 43% provino de los que votaron al Frepaso en 1995 y tan sólo un 25% de la UCR (otro 22% provino del PJ y un 10% de otras fuerzas) (Calvo & Escolar, 2005:205). Con lo cual, el sesgo fuertemente radical del gabinete implicaba una asimetría importante entre “aporte político” y “representación institucional” plasmada.

Asimismo, la Alianza tampoco había logrado conquistar un pleno dominio legislativo en el Congreso Nacional. En este caso, si bien alcanzó a convertirse en la primera minoría en Diputados con 119 bancas (83 de la UCR y 36 del Frepaso), estaba a diez bancas de contar con quórum propio, no podría tratar proyectos sobre tablas y tampoco tendría mayoría, lo que obligaba a la coalición a guardar una estricta disciplina interna y a tener que lograr acuerdos con otros partidos políticos. Además, el PJ no estaba tan lejos de los diputados aliancistas (contaba con 100), lo que también le permitiría tener cierto dominio de la cámara baja si lograra establecer acuerdos con otras fuerzas. En este sentido, el partido de Domingo Cavallo había logrado un bloque de diputados modesto (11 escaños), pero que podía resultar decisivo en ciertas votaciones y que, por ende, le podría dar capacidad de árbitro entre las propuestas de la Alianza y del PJ (los partidos provinciales, dispersos en varias provincias, podrían ocupar un rol similar con las 25 bancas que tenían). De modo todavía más desventajoso, el Senado dejaba a la Alianza en una situación complicada. Aquí el peronismo contaba con mayoría y quórum propios (39 senadores), un poder que casi duplicaba al aliancista, que guardaba sólo 21 bancas (20 por la UCR y una sola por el Frepaso). Con respecto al poder judicial, desde el nuevo gobierno no elaboraron ningún plan de remoción para los jueces de la Corte Suprema o la introducción de cambios. La idea de proyectar continuidad republicana y evitar conflictos amainó todo esbozo de desarmar la “mayoría automática” menemista allí, lo que sumaba un nuevo elemento de negociación política con un poder del Estado. En fin, como podemos ver, si bien la Alianza había ganado la presidencia del país, detrás de sí no contaba con los recursos acordes para gobernar con holgura o con autonomía suficiente, sino que se encontraba atrapada en una suerte de cerco o situación que apenas la alejaban del “empate institucional”. De allí que la multiplicidad de factores de veto con los poderes institucionales implicara un peligro cierto de atasco que empantanara o directamente hiciera imposible ciertas acciones de gobierno, volviéndolas lentas o muy modestas en otras.

En este sentido, por los condicionamientos hallados era indispensable para la Alianza dejar atrás el faccionalismo que pudiera contener dentro de sí, abrazar una estrategia de gobierno que favoreciera la cooperación y la disciplina interna, y decidirse por ejecutar un

plan integral que se ocupara de todos los frentes. Aunque por supuesto, declamar posturas de este tipo resulta mucho más fácil que realizarlas, sobre todo cuando la heterogeneidad inicial es la regla y cuando los dos socios de la Alianza cargaban con sus propias limitaciones. En esta dirección, en el radicalismo, que era el partido mayor, debía hallar una forma en la cual integrar su dispersa vida interna con el gobierno y articular así la presidencia de la Nación –en cabeza de una persona con escasa gravitación dentro de la UCR como era De la Rúa- con el liderazgo confederado que ejercía Raúl Alfonsín. Es decir, el presidente si bien era el dirigente radical con mejor imagen en las encuestas, siempre había tenido dificultades para conquistar un poder real dentro del partido. Por ello, la designación de Alfonsín como nuevo titular de la UCR además de ser un gesto de cordialidad por parte de De la Rúa era un sinceramiento de la situación: existía una distancia clara entre presidente y partido, en la cual el verdadero influjo dentro del radicalismo reposaba en el liderazgo de Alfonsín⁷. A su vez, el peso de los cargos dentro del partido, como la relevancia de varios de sus dirigentes y de sus líneas internas en perpetua competencia entre sí, no permitía que a éstos se los pudiera marginar con facilidad de los cargos de gobierno o de su rumbo, pero tampoco armonizar con él, especialmente cuando las ideas políticas y económicas de De la Rúa fueran contrarias a las del grueso de la estructura partidaria. Como ya se señaló, mientras el presidente era un cultor del pensamiento conservador y de la ideología neoliberal, Alfonsín e importantes cuadros radicales eran propensos al keynesianismo, a la intervención estatal y al resguardo del mercado interno en sus concepciones –anhelando al Estado de Bienestar como modelo-, contrastes que en más de una oportunidad podrían despertar ciertas tensiones. Ya en las designaciones de gabinete se sintieron algunos resquemores cuando los grupos del sindicalismo docente, académicos y de la militancia universitaria radical –estos últimos agrupados en Franja Morada- debieron ver desembarcar a Juan José Llach como ministro de Educación (un economista liberal y de concepciones privatistas, ex funcionario de

⁷ Álvarez afirmó tiempo después: “De la Rúa nunca fue un candidato querido por el radicalismo. Es más, el radicalismo tuvo que aceptarlo como inexorable por su imagen ante la opinión pública”. (Álvarez & Morales Sola, 2002, 84). Por su parte, es paradójico que fue Alfonsín en 1983 el que logró hacer aprobar el artículo 21 del estatuto partidario por el cual se afirmaba que, si algún miembro de la UCR ocupaba la presidencia del país, éste automáticamente también sería el presidente del partido. No obstante esto, De la Rúa no utilizó dicho artículo, cediendo el puesto para Alfonsín, porque así podría ser el presidente “para todos los argentinos” y no de un partido o facción (Persello, 2007, 292 y 331).

Menem) que parecía diametralmente opuesto a las concepciones de aquellos de fortalecer la educación pública; del mismo modo, el presidente debió darles lugar casi sin entusiasmo a dos de sus históricos competidores internos (Rodolfo Terragno y Federico Storani, nada menos que en los puestos de vital importancia como eran la jefatura de gabinete y el Ministerio del Interior, respectivamente), así como también al alfonsinismo tradicional en Ricardo Gil Lavedra (ministro de Justicia). El resto de los puestos –aparte de dos ministerios a cargo del Frepaso- recayeron exclusivamente en el núcleo de amigos íntimos, familiares y del entorno de más confianza de De la Rúa, con un cargado perfil pro-mercado y de adscripción al más duro monetarismo. En este sentido, los enfrentamientos larvados y las desconfianzas añejas debilitaban el trabajo en equipo e impedían el juego colaborativo. Por citar un ejemplo, cuando se fijó como tipo de acción de gobierno inicial de la Alianza apuntalar al terreno económico como principal campo de batalla, alineando a todo el gabinete detrás del que fuera designado ministro de Economía, José Luis Machinea (el economista de mayor relevancia para Alfonsín y para el partido), De la Rúa intentó marcar su impronta y buscó cercenar la acción de éste para que no se convirtiera en un “superministro” que condicionara su imagen como lo fue Cavallo con Menem, con lo que le sacó atribuciones a su cargo. Fue así que se creó el Ministerio de Infraestructura y Vivienda, a cargo de un amigo del presidente, Nicolás Gallo. En igual dirección y en pos de aminorar más la independencia de Machinea, De la Rúa llenó el gabinete de economistas ortodoxos y de su propio entorno con el fin de que las decisiones de peso fueran debatidas siempre coartando cualquier autonomía del ministro. Así, López Murphy recaló en Defensa, Adalberto Rodríguez Giavarini en Cancillería y Fernando de Santibañez en la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), además del recién mencionado Llach en Educación. Con lo que, muchas figuras delarruístas, con nulas o pobres credenciales partidarias, terminaron ganando peso y una alta relevancia en la toma de decisiones a espaldas o incluso en contradicción de lo deseado por los hombres del partido. El mismo Alfonsín temió que la UCR repitiera lo sucedido con Menem una década atrás cuando técnicos e ideólogos del más duro neoliberalismo colonizaron el gabinete y luego el Estado sin tener vinculación orgánica partidaria alguna, dando un giro ultra-ortodoxo (Novaro, 2009), para lo que señaló cuando asumió la presidencia de la UCR que De la Rúa y el

partido tenían que trabajar juntos, aunque advirtiendo: “No vamos a permitir que desde afuera le indiquen a nuestro gobierno qué medidas tomar para hacer frente al grave endeudamiento y el alto déficit fiscal” (Clarín, 4 de diciembre de 1999).

En esta última dirección, la batalla dentro de la Alianza con respecto al área económica no fue menor, porque existían las dos visiones enfrentadas arriba mencionadas. Por un lado, la de De la Rúa, que había manifestado en varias oportunidades antes de las elecciones que su principal referente económico era el radical Ricardo López Murphy. Sin embargo, el tipo de enfoque que López Murphy representaba no sólo fue rechazado por el Frepaso, sino también por el grueso de la UCR, especialmente por Alfonsín⁸. Además, fue el propio López Murphy el que prácticamente se auto-relegó como opción cuando declaró en plena campaña electoral, apenas seis meses antes de la elección presidencial, que si la Alianza llegaba a triunfar su primera medida debía ser reducir todos los salarios del país un 10% (Clarín, 15 de abril de 1999). Lo cual obligó a De la Rúa a tomar distancia rápidamente de él y a admitir públicamente que, de imponerse, López Murphy jamás sería su ministro de Economía, a pesar de haberlo insinuado varias veces anteriormente (Clarín, 16 de abril de 1999). En este contexto, se impuso el segundo tipo de preferencia económica y la designación de Machinea como ministro se hizo inevitable, para representar un armisticio y un equilibrio entre las posturas, por un lado, del Frepaso, Alfonsín y la mayoría del radicalismo, y por otro, la que encabezaba De la Rúa (Zícari, 2014b).

Sin embargo, a pesar de estas discusiones internas, y muy paradójicamente, Machinea tomó un curso de acción económica distinto al que se hubiera esperado, ya que dispuso constantemente de medidas económicas ortodoxas, con ajustes, despidos y de acciones de tipo recesivo. Así, su primera medida apenas asumió en diciembre de 1999 fue disponer lo

⁸ Sobre los acercamientos de De la Rúa con López Murphy ver *Clarín* (14 de diciembre de 1998). Por su parte, durante la campaña para elección interna de la Alianza para definir la candidatura presidencial entre De la Rúa y Graciela Fernández Meijide, cuando el primero presentó a López Murphy como su referente económico, Fernández Meijide lo recusó: “López Murphy es peor que [el actual ministro de Menem] Roque Fernández” (Clarín, 30 de octubre de 1998). Con respecto al rechazo de Alfonsín por López Murphy éste era de larga data. Por ejemplo, durante la transición democrática en 1983, la línea alfonsinista en economía por expreso pedido de Alfonsín buscó desplazar a López Murphy de su cargo en Hacienda donde éste había sido hasta entonces el enlace entre Wehbe y Grinspun (Novaro, 2009, 107 N. 3).

que se conoció como el “impuestazo”, con el cual realizó subas impositivas y recortó el gasto estatal. Luego, en febrero de 2000, aplicó otra poda, por la cual miles de empleados públicos no vieron renovados sus contratos y otros tantos fueron pasados a jubilación forzosa. Finalmente, cuatro meses después, en mayo, aplicó un tercer ajuste, mucho mayor todavía, por el cual descontó salarios y jubilaciones entre el 8 y el 20% y no renovó otros diez mil contratos laborales en el Estado. En todos los casos, el ministro consideró que terminar con el déficit fiscal era la única forma de conservar la convertibilidad. A la par, el gobierno de la Alianza había reivindicado un mes antes, en abril, como uno de sus mayores logros haber aprobado una controvertida ley de reforma laboral exigida por el FMI que flexibilizaba los derechos de los trabajadores. El corazón de esta normativa consistió en debilitar los acuerdos gremiales centralizados, extender los periodos de prueba sucesivamente, impulsar las negociaciones por empresa, crear nuevos convenios colectivos y subir la edad jubilatoria. El ministro de Trabajo Alberto Flamarique celebró el quiebre que implicó aprobar esa norma para la historia del radicalismo: “El presidente está muy contento por el esfuerzo realizado para la aprobación de la ley. Pero, además, porque por fin se quebró el síndrome de la ley Mucci” (La Nación, 28 de abril del 2000), señalando que mientras el gobierno de Alfonsín no pudo modificar el régimen sindical, el gobierno de De la Rúa sí lo había conseguido.

Con estas medidas era claro que la Alianza se dirigía cada vez más hacia la más dura ortodoxia económica, generando dos reacciones internas. Una primera fue la ruptura de varios aliados y miembros con la coalición. En este caso, la confederación gremial CTA (Central de Trabajadores Argentinos) que se había manifestado por momentos como una suerte “pata sindical aliancista” –sobre todo porque muchos sindicalistas de la CTA eran miembros del Frepaso- pronto rompió con el gobierno y comenzó a realizar varios paros y huelgas. A su vez, por los ajustes realizados y las medidas de ideología neoliberal muchos diputados también abandonaron el bloque oficialista. Rompieron filas así por el radicalismo Elisa Carrió y Osvaldo Álvarez Guerrero, por el socialismo Alfredo Bravo, Jorge Rivas y Héctor Polino, y por el Frepaso otros diez diputados más (Alicia Castro, Enrique Martínez, Marcela Bordenave, Gustavo Cardesa, Ramón Torres Molina, Federico Soñez, Humberto

Volando, Adriana Puiggrós, Jorge Giles y Eduardo Macalusse) (Clarín, 1 de enero del 2000). Ante este desbande, el presidente De la Rúa trató de mostrarse comprensivo para recomponer la situación y aclaró que el ajuste realizado en mayo sería “el último esfuerzo que se les pida a los argentinos” (Clarín, 28 de mayo del 2000). En segundo lugar, el camino férreamente neoliberal que tomó la Alianza había llevado a Raúl Alfonsín a explorar otras alternativas, disconforme porque el gobierno, según decía, “se estaba poniendo un poquito a la derecha” (Clarín, 7 de junio del 2000). En principio, debemos decir que Alfonsín no se había mostrado exigente, sino que había dado bastante aire político y sólo atinó a funcionar como el catalizador de algunos sectores del radicalismo con respecto al gobierno. Sin embargo, a poco de andar empezó a ensayar posiciones cada vez más revisionistas de los objetivos iniciales de la Alianza, considerando que la acción del gobierno no debería estar centrada únicamente en las denuncias de corrupción –puesto que entendía que esto era una forma de “judicializar la política” (La Nación, 27 de junio del 2000), amén de que los gobernadores y legisladores del partido le habían transmitido que no se encontraban cómodos con las querellas permanentes sobre ese tema o las sospechas que pudiera recaer sobre ellos, sus entornos o –incluso- en la misma oposición peronista de sus distritos.

Del mismo modo, Alfonsín había empezado a mostrarse como la figura más heterodoxa dentro de la Alianza en función de los postulados económicos que se fijaron. Según el viejo líder radical, el gobierno era demasiado conservador cuando la realidad demostraba –al contrario de la ortodoxia hasta allí ensayada- que era indispensable comenzar a replantear los componentes básicos del modelo económico vigente heredado del menemismo, en los cuales veía un lastre demasiado pesado que más temprano que tarde habría que atacar y abordar de otro modo al fijado: continuar con la convertibilidad tal cual ésta funcionaba, sostener el lastre cada vez más grande de la deuda sobre las finanzas públicas, permitir el rol del FMI en la diagramación del programa de gobierno y los sucesivos ajustes eran todos, según aquél, elementos que no se podrían mantener en el mediano y largo plazo, y mucho menos de la forma sumamente ortodoxa –rayana al dogmatismo- en la cual el gobierno se empecinaba por encarar. Por lo que Alfonsín

comenzó a tener encuentros públicos con Eduardo Duhalde con el fin de trazar algún puente con éste y las propuestas que había sabido presentar para la campaña presidencial de 1999, en las que el peronista declaró al modelo económico como “agotado”, propuso una moratoria para la deuda externa, dijo que habría que subir las jubilaciones, crear un seguro universal de desempleo y detener por un año los despidos laborales (Zícari, 2016b). El tipo de propuesta de Alfonsín en conjunción con Duhalde era la de construir una concertación patriótica amplia entre partidos políticos, sindicatos y demás fuerzas sociales para establecer pronto un “cambio de modelo” y abandonar lo antes posible “el neoliberalismo”⁹.

Detrás de la propuesta alfonsinista no se encontraba sólo un cuestionamiento para el curso de acción que estaba tomando el gobierno, sino también el de la lógica interna de su poder. En efecto, el núcleo duro de la toma de decisiones de la Alianza había ido mutando su composición desde la conformación de la coalición hasta su llegada al gobierno, desplazando a algunos de sus actores. Desde el inicio de la gestión la máxima dirección ya no estaba a cargo del “grupo de los cinco” como antes sino que dicho agrupamiento decantó finalmente a sólo tres figuras: De la Rúa, Álvarez y Alfonsín (sobre todo porque Terragno y Fernández Mejjide habían perdido mucha gravitación interna y no estaban en condiciones de imponer nada), con lo que se perdió cierto carácter de equilibrio confederal originario y en la cual la “troika” remanente estaba lejos de ser horizontal, siendo bastante despareja en varios sentidos. Por un lado, porque De la Rúa había asumido la presidencia del país por la unión de dos partidos a los cuales no controlaba pero con los que debía convivir, ya que ellos eran sus auténticos respaldos y las plataformas con las que había ascendido, más allá de que su carrera política personal se hubiera trazado por fuera de las estructuras partidarias, sostenido en el alto grado de aceptación de las encuestas. Por su parte, los dos líderes partidarios, tanto Álvarez como Alfonsín, debían actuar como figuras concertadoras entre presidente y partidos, y donde sus preferencias no podrían ser de ninguna manera excluidas, puesto que De la Rúa no tenía un cheque en blanco para gobernar, sino tan sólo la conducción formal de la coalición. Así, por más que las campañas

⁹ Ver “Alfonsín y Duhalde salen en busca de un espacio común” (Clarín, 7 de junio del 2000).

electorales se hubieran centrado en la persona de De la Rúa como síntesis y emblema de la Alianza, una cosa eran las publicidades y otra la realidad. A pesar de esto, los roles que tácitamente debían respetarse como primer mandamiento de acción fueron prontamente quedando relegados, en lo que cada miembro de la *troika* fue asumiendo estrategias y objetivos diferentes, muchas veces cercanos a la colisión. En esta dirección, si las diferencias que pudieran existir no buscaban resolverse internamente y bajo la forma del consenso, las preferencias individuales podrían volverse virtualmente inmanejables e incluso estallar una vez que alguna cuestión ganara protagonismo político y ello obligara al pronunciamiento público discordante entre los líderes sobre cómo proceder. Por lo que, los conflictos podrían aflorar sin existir redes de contención u otros mecanismos de funcionamiento para el gobierno, volviéndose esto último especialmente peligroso ante un eventual y peligroso choque entre el presidente y su vice –o entre el presidente y los partidos-. De este modo, cuando se instaló en el centro de la escena pública la sospecha de sobornos en Senado por parte del gobierno para hacer aprobar la ley de reforma laboral, Álvarez y De la Rúa sostuvieron una disputa política cada vez más elevada con respecto a cómo proceder.

Si bien esta ley se había aprobado a fin de abril, las sospechas comenzaron a circular en la prensa dos meses después y fue a mediados de agosto cuando se convirtió en un tema que todo lo cubría. El conflicto entre presidente y vice no buscó ser resuelto en ningún momento bajo una forma colaborativa ni colegiada, ya que prácticamente ninguno de los dos partidos políticos intervino y tampoco los principales líderes de la Alianza apelaron a generar consenso interno. Más bien, la disputa en torno a las sospechas de sobornos en el Senado fue derivando en una batalla comunicacional entre Álvarez y De la Rúa de la cual los dos estaban quedando salpicados, restándose mutuamente su credibilidad. Además, en medio del pleito, el presidente prefirió realizar varios encuentros con Menem y recostarse en él para mostrar consenso con la oposición y brindar la imagen de un líder que no perseguiría a los senadores peronistas sospechados, sino que se encargaría de garantizar el

bipartidismo¹⁰. Sin embargo, a fin de septiembre, ante un empantanamiento del conflicto, el vicepresidente Álvarez propuso resolverlo huyendo hacia adelante: comenzó a sugerir que la Alianza podría recuperar la iniciativa política si había un cambio notorio en el terreno económico, para lo cual propuso que Domingo Cavallo –el ex ministro de Menem- arribara al gobierno, ya sea como presidente del Banco Central o bien como reemplazante del ministro Machinea –ministro que Álvarez había comenzado a cuestionar casi a diario-, buscando así un relanzamiento del gobierno en materia económica y que proyectara “expectativas de cambios” (Clarín, 28 de septiembre del 2000; Página 12, 29 de septiembre del 2000). Sin embargo, esta última opción chocaba con escollos difíciles de atravesar. Por empezar, porque De la Rúa no estaba dispuesto a recibir presiones a su autoridad con respecto a llevar cambios en el gabinete como sugería Álvarez (Clarín, 28 de septiembre del 2000). Además, porque Alfonsín, que había permanecido al margen del conflicto, sólo rompió el silencio para oponerse duramente a los planes de Álvarez: el ingreso de Cavallo al gobierno le parecía una pésima idea, totalmente indigerible, señalando que “la Alianza nació con una expectativa de cambio sobre lo que ocurrió en el período del gobierno anterior, y Cavallo fue una presencia muy dominante en ese período [...] Esta es una Alianza hecha con un sentido progresista [y] contra la nueva derecha” (Clarín, 29 de septiembre del 2000); a su vez, Alfonsín sostenía que Machinea era un ministro del que gobierno no estaba en condiciones de desprenderse, para lo que lo defendió con ahínco: “a pesar de las dificultades, lo que está consiguiendo en el FMI es algo realmente extraordinario [...] Si hay un amigo de Chacho Álvarez en el Gobierno ése es Machinea, aunque a veces se presentan las cosas tergiversadamente” (Clarín, 29 de septiembre del 2000).

La oposición pública de Alfonsín contra la propuesta de Álvarez fue utilizada por De la Rúa para inclinar la situación a su favor y dar un golpe de mano en el gobierno que ratificara su autoridad al comenzar octubre: primero puso fin a la gestión de Llach en Educación y lo reemplazó por Hugo Juri –un histórico del radicalismo cordobés- para demostrar cercanía al partido, luego terminó con la gestión de Terragno –al que siempre

¹⁰ Para un análisis de las posiciones individuales, alianzas y de las consecuencias políticas en torno a las sospechas de sobornos en el Senado, ver (Zicari, 2016c).

había detestado-¹¹ para sustituirlo por Chrystian Colombo –un hombre de absoluta confianza para el presidente-, como también desprenderse de los radicales menos delarruístas (como Gil Lavedra y Melchor Posse), para finalmente ascender a Flamarique y realizar con esto una clara desautorización de Álvarez (y que era el principal objetivo de todas las modificaciones). Como respuesta ante los cambios, al otro día el vicepresidente renunció a su puesto para expresar su queja y dejó herida a la Alianza, sugiriendo que el presidente encubría a aquellos sospechados de pagar los sobornos.

La renuncia de Álvarez fue un impacto que tuvo profundas consecuencias. Quizás una de las más importantes de ellas fue ensombrecer la credibilidad del gobierno y el compromiso de éste con respecto a luchar contra la corrupción y transparentar las instituciones como se había comprometido en la campaña electoral. Otra importante consecuencia fue concentrar más atributos en la figura de De la Rúa y que el Frepaso desdibujara todavía más su rol en la coalición. Con lo que, la toma de decisiones de la Alianza volvió a acotarse: si se había pasado al comenzar el gobierno del “grupo de los cinco” a la troika básica, ahora se producía un muy pronunciado presidencialismo unipersonal, en el que los partidos políticos ocupaban roles cada vez menores.

De los intentos de recomposición al consenso imposible: la guerra interna (de octubre 2000 a octubre de 2001)

El final de la vicepresidencia de Álvarez no produjo una crisis de consecuencias irreparables como muchos temieron, sino que la Alianza continuó a flote con el apoyo de los dos partidos fundadores y con el grueso de los legisladores originales de la coalición, más allá de las bajas mencionadas. Alfonsín, frente al cisma que representó la renuncia del vicepresidente fue la figura radical que más hizo públicamente para mantener la cohesión de la Alianza y que ésta no se quebrara: buscó darle contención a Álvarez para que éste no

¹¹ Terragno se quejó por cómo lo sacaron del gobierno: “En primer lugar, me gustaría aclarar que no me voy por mi voluntad” (La Nación, 6 de octubre del 2000). Advirtió además que le llamó la atención puesto que él fue uno de los fundadores de la Alianza.

se decidiera a romper totalmente –pugnando para que se reintegre pronto al gobierno como jefe de gabinete- y trató por diversos medios de fortalecer los puentes con el Frepaso, aunque también continuó mostrando distancia de la idea de sumar a Cavallo al gobierno como aquél pretendía. En esta última dirección, Alfonsín permaneció durante octubre y noviembre con sus ideas de abandonar el modelo económico y el tipo de cambio fijo para producir un profundo viraje económico. De hecho, Alfonsín dijo en un programa de televisión que “la convertibilidad y el golpe del 30 contra Hipólito Yrigoyen” habían sido “los dos episodios más graves para la Argentina del siglo XX”, ya que con la primera se generaba “el 15% de desocupados, quiebras del campo y economías regionales, desindustrialización y extranjerización de la economía”, siendo “una trampa mortal, porque entrar es fácil, pero después no se sabe cómo salir”, con lo que ahora se “está viviendo la inercia de una política neoliberal que dura más tiempo que el deseado”, señalando que dicha “trampa tremenda” no hacía otra cosa más que “evitar el análisis y la discusión acerca de aspectos fundamentales de la economía [y que] poco contribuye a la necesaria búsqueda de soluciones a las apremiantes necesidades de nuestro pueblo” (*La Nación* 13/10/2000). Poco menos de un mes después también mencionó en televisión que sería “lindo” que el país dejara de pagar la deuda externa por dos años (*Página 12* 04/11/2000), al tiempo que apoyó a Duhalde en la formación de un conglomerado de empresarios que deseaban romper con el modelo¹². Sin embargo, fueron los gobernadores, tanto los radicales como los del peronismo, los que hicieron el mayor esfuerzo para ayudar al gobierno al firmar un pacto fiscal por el que reducían parte de sus ingresos de la coparticipación federal para el 2001, aunque garantizándose un piso mínimo. Con la firma de este acuerdo, el gobierno logró negociar un amplio paquete de ayuda con el FMI que se recibió en diciembre, conocido como “blindaje” que permitiría al país asegurar el pago de vencimientos de deuda hacia el futuro.

Ahora bien, ni el esfuerzo fiscal realizado por los gobernadores ni la ayuda extraordinaria del FMI lograron enmendar la situación económica, la cual seguía estancada. A su vez, cuando se produjo en febrero de 2001 la crisis turca en la Argentina sonaron las

¹² Ver “Duhalde lanza un movimiento antimodelo” (*La Nación* 09/12/2000), “Duhalde arma un grupo productivo” (*Clarín* 22/12/2000).

peores alarmas económicas, temiéndose un default por parte del gobierno y una devaluación. Ante esta situación extrema al comenzar marzo el presidente De la Rúa decidió actuar rápido y puso fin a la gestión de Machinea para reemplazarlo por el ultra-ortodoxo Ricardo López Murphy (el economista menos tolerado por los aliancistas).

La solución propuesta por De la Rúa implicó otro fuerte golpe de mano en un doble sentido. Por un lado, porque dejaba de lado cualquier idea de tibieza económica con tal de salvar la economía, al buscar acercarse con la nueva designación a los mercados financieros. Es decir, significó abrazar la estrategia de atacar el déficit fiscal hasta las últimas consecuencias. Por otro, porque con la radicalización monetarista y pro-mercado que López Murphy representaba, De la Rúa buscó fortalecer su capital político en el éxito que pudiera tener en el terreno económico y volver a acotar la dependencia de los partidos políticos que lo habían encumbrado y de los cuales siempre se sintió lejos. De allí que el apoyo que recibió esta designación proviniera principalmente de actores económicos financieros que compartían el diagnóstico “fiscalista” como el FMI, los bancos, empresas privatizadas e inversores externos (la única excepción dentro del arco político fue la de Menem, quién en soledad absoluta celebró la llegada de López Murphy bajo el argumento de que era un hombre que “está con la dolarización”) (La Nación, 5 de marzo del 2001). Con ello, y del mismo modo, pareció anunciarse tácitamente un importante cambio con respecto al programa económico inicial de la Alianza, esperanzador y éticamente aceptable –el cual apostaba por que la economía creciera, entre un 2 y un 4% al año-, por otro obsesionado por encontrar alguna respuesta económica que detuviera la crisis, dejando de lado cualquier otra ambición. Es decir, el gobierno buscó también redefinir el “contrato político” con el electorado, ya que se pasaba de una actitud inicial positiva, que buscaba mejoras económicas y sociales, a una situación en que el gobierno se ponía a la defensiva, acercándose a la desesperación, al fijar como meta únicamente la supervivencia de la convertibilidad.

Con este cambio de ministros, De la Rúa volvió a apostar por una salida individual antes que por buscar una solución consensuada (de repliegue partidario) y convirtió a la

salvación de la convertibilidad en su único objetivo de supervivencia personal. En este sentido, adoptó una vez más el camino que iba directamente en contra de lo deseado tanto por el Frepaso como por la UCR, partidos que se negaron a apoyar la nueva movida política. Por lo que, apenas se conoció esta designación, Álvarez y Alfonsín se reunieron públicamente y llamaron a “derrotar a los fundamentalistas de mercado”, en una clara alusión al nuevo ministro (La Nación, 6 de marzo del 2001), luego, muchos radicales y frepasistas no pararon de criticar a este último, para –finalmente- cuando López Murphy presentó su plan económico, el cual incluía un gigantesco recorte en las partidas de educación y de las provincias, recibir un rechazo que se multiplicó todavía más: renunciaron dos ministros radicales (Storani y Juri) y Fernández Meijide, a la par que los gremios y gobernadores anunciaron acciones de protesta. Es decir, más que negociar un plan económico viable políticamente (que buscara algún consenso), se decidió aplicar uno ortodoxo y sin contemplaciones. Como Storani explicó “Toda mi vida defendí la educación pública. No puedo avalar este recorte. Es mi límite político” (La Nación, 17 de marzo del 2001), enfatizando: “Este equipo económico es muy ideológico, muy fundamentalista [...] el plan lleva a un alto nivel de conflicto social, y yo no quiero ser el encargado de la Policía Federal que ordene la represión” (Página 12, 17 de enero del 2001). El presidente De la Rúa, acorralado una vez más, puso fin a la gestión de López Murphy a poco más de dos semanas de haberlo designado y realizó una apuesta todavía mayor: convocó a Cavallo como ministro de Economía y ató toda la suerte de su gobierno a los resultados que éste pudiera lograr, bajo la premisa ciceroniana de que a cuanto mayor fuera la dificultad mayor sería la gloria (Zícari, 2014b).

Con el arribo inicial de Cavallo el clima político se transformó velozmente. El gobierno ganó calma y gran parte de la población y del arco político creyeron que con la llegada del padre de la convertibilidad la crisis tendría fin. Las acciones, discursos de apoyo y encuestas así lo manifestaron. Es decir, el presidente terminó retrocediendo un paso para luego avanzar dos, dado que el final de López Murphy implicó ganar mayor consenso y armar un nuevo bloque de poder, esta vez encabezado por Domingo Cavallo como ‘salvador de la situación’ y figura central de una nueva coalición política. El bloque

legislativo radical, frepasista, el peronista y el de varios partidos provinciales aprobaron en poco tiempo atribuciones extraordinarias para Cavallo, conocidas como “superpoderes” (el mismo Alfonsín a pesar de la resistencia histórica contra Cavallo fue uno de los máximos operadores para aprobar dichas atribuciones). Paradójicamente, De la Rúa al concentrar funciones en Cavallo apeló a construir a éste en un “superministro”, algo que el mismo presidente se había empeñado en impedir que sucediera con Machinea (el economista radical que mayor consenso guardaba dentro del partido) para no tener figuras que lo pudieran condicionar en el gabinete. El apoyo de los partidos aliancistas dentro del Congreso fue posiblemente el último gran gesto de conciliación que realizaran, puesto que con los superpoderes le daban al gobierno una herramienta que en otras condiciones hubiera sido impensada y con la cual, tanto el Frepaso y la UCR, parecían quedar autorelegados del juego político gubernamental: si la estrategia tenía éxito, eso sólo reportaría en un mayor poder individual para el presidente y su ministro, pero en cambio, si se producía un nuevo fracaso, los partidos que constituyeron la Alianzas pagarían el costo político. Es decir, con el arribo de Cavallo se daba lugar a un mayor presidencialismo concentrado en el eje De la Rúa-Cavallo en el cual los partidos volvían a acotar su rol y prácticamente nada tenían por ganar. Con ello, el programa de renovación institucional presentado originalmente por la Alianza quedó así archivado, sin que el presidente temiera ahora acercarse a los referentes del menemismo (tanto Menem como Cavallo) y subordinar todo exclusivamente en proteger la económica y salvar la convertibilidad (Zícari, 2016d). Además, para complementar el nuevo perfil del gobierno se ratificó el alejamiento del proyecto originario de la Alianza, puesto que Ramón Mestre (el principal líder radical anti-aliancista) fue designado ministro del Interior.

Con todo, Cavallo se lanzó a una veloz carrera para reactivar la economía y salir pronto de la recesión, despertando mucha expectativa al respecto. No obstante, el respiro que implicó su llegada al gobierno también duró poco. Los decepcionantes resultados alcanzados terminaron por apagar las ilusiones despertadas, con los que la economía no sólo no mejoró, sino que incluso pareció irse hacia el abismo. A mitad del año, cuando afloró un nuevo fantasma de colapso, el gobierno, ya totalmente reducido en el tándem

Cavallo-De la Rúa y con muy poco espíritu aliancistas, se decidió por realizar un nuevo salto cualitativo al lanzar la ley de “déficit cero”, presentada como única forma de salvar la convertibilidad, ley que recortaba salarios y jubilaciones estatales un 13%, junto con otras partidas del Estado, siendo un ajuste más grande todavía que el intentado por López Murphy tres meses atrás. Dicha ley representó otro cachetazo directo a todo lo que la UCR venía pidiendo, en lo que el grueso del partido –legisladores, gobernadores y el mismo Alfonsín- preferían dejar atrás los ajustes, la más dura ortodoxia económica y la obsesión con el recorte fiscal a la que el gobierno insistía en aferrarse. Además, consideraban que seguir por este camino era un suicidio no sólo económico, sino esencialmente político puesto que en octubre habría elecciones en las que los miembros de la Alianza serían duramente castigados por realizar un nuevo ajuste. Igualmente, a pesar de sus oposiciones y de las críticas públicas, tanto desde el radicalismo como del Frepaso terminaron por subordinarse –de nuevo- a los designios de Cavallo y de De la Rúa y le dieron su apoyo en el Congreso a la ley bajo el peligro que de no aprobarla el default se hiciera inevitable. Ya el riesgo país estaba por las nubes, la caída de depósitos bancarios era sistemática y la fuga de capitales estaba tocando niveles record (Zícari, 2014a).

Sin embargo, ante la notoria desmejora de la situación económica y de la crisis de la convertibilidad, varios sectores del radicalismo –especialmente los conducidos por Alfonsín- no le soltaron la mano al gobierno pero continuaron en paralelo con su estrategia de acercarse a Duhalde, otras fuerzas y los empresarios del “Grupo Productivo” (un agrupamiento formado por la Unión Industrial Argentina –UIA-, la Cámara Argentina de la Construcción –CAC- y Confederaciones Rurales Argentinas –CRA- que desde hacía dos años estaba presionando para “flexibilizar” la convertibilidad) para buscar una alternativa al modelo financiero ortodoxo que se empeñaba en aplicar medidas de ajuste para pagar la deuda estatal sólo con el afán de salvar el tipo de cambio fijo (Gaggero y Wainer, 2004; Castellani y Szkolnik, 2011). Así, tras varios meses de reuniones previas y acercamientos, promovidas especialmente por Duhalde y varios empresarios, las diversas fuerzas sociopolíticas dispuestas a pedir un cambio de rumbo económico confluyeron en un nuevo espacio institucional: el Movimiento Productivo Argentino (MPA), fundado el 21 de junio

de 2001, en Mar Chiquita, Provincia de Buenos Aires (La Nación, 22 de junio del 2001)¹³. Dicho movimiento, se estructuró como una fuerza polisectorial, en la que convergieron muchas cámaras empresariales, algunos sindicalistas, el Grupo Productivo y políticos de varios partidos, como del Frepaso, Acción por la Republica y el ARI de Elisa Carrió, pero mayoritariamente de la UCR y del peronismo, sobre todo de los distritos bonaerenses que Duhalde y Alfonsín conducían. En su carta fundacional, el MPA declaraba:

“La Argentina no puede seguir a la deriva por el mundo, sin proyecto alguno para su gente y sobreviviendo con las migajas de la globalización [...] [Es necesario] salir de la encrucijada en que vivimos, que empobrece a la mayoría y enriquece a la minoría beneficiada por la concentración económica [...] [E]xiste un camino posible: la construcción de un proyecto nacional basado en la producción, el trabajo y la distribución justa de la riqueza [...] Con el modelo [financiero y neoliberal] la Argentina no tiene futuro. Debemos revertir la dramática equivocación estratégica de la clase dirigente que ha llevado a la existencia de un Estado desentendido del desarrollo, enemigo de la producción y del trabajo [...] Es hora de valientes decisiones. Es hora de transformaciones profundas” (MPA, Documento Fundacional).

El líder y presidente del MPA fue Duhalde, secundado fuertemente por Alfonsín y el Grupo Productivo, especialmente, dentro de este último, la UIA y su activo nuevo presidente, José Ignacio De Mendiguren¹⁴. Duhalde se encargó de señalar que su intervención se basaba en “la necesidad de cambiar radicalmente de modelo económico” y porque “el pensamiento productivo está disperso y hay que ubicarlo en el centro de la escena, a la vez que hay que desplazar al poder financiero” (Clarín, 22 de junio del 2001). Del mismo modo, el dirigente radical Melchor Posse, que hacía poco que fue echado del gobierno, se encargó de señalar: “el presidente de la República tiene que entender que no es contra él [la constitución de este movimiento], sino para apoyarlo cuando defina un proyecto que enfrente a los grandes grupos financieros” (Clarín, 22 de junio del 2001). La propuesta asumía cierto corte nacionalista y buscaba demonizar a las empresas privatizadas

¹³ Un antecedente importante para la reunión entre políticos, empresarios y sindicalistas fue “La Mesa del Consenso” auspiciada por la Iglesia Católica, ver (Clarín, 18 de diciembre del 2000), también “Duhalde, Moyano y Farinello, un trío para condenar el modelo” (Clarín, 6 de mayo del 2001)

¹⁴ Ver “Duhalde y Alfonsín salen a impulsar un nuevo movimiento empresario” (Clarín, 22 de junio del 2001).

y a los bancos, ubicados como los únicos que se beneficiaban con la penuria general, el endeudamiento sistemático del Estado y con los ajustes que aplicaba el gobierno. Por su parte, quienes formaron el MPA tenían muy en claro que les estaba prácticamente vedado pedir públicamente la salida de la convertibilidad y mucho menos hablar de “devaluación”. Por lo cual, atrapados en la doble brecha de una competitividad externa desmejorada y un mercado interno en caída libre, debían moverse con cuidado, reclamando siempre como latiguillo sólo buscar “un nuevo modelo productivo” como solución. Alfonsín, expresó en una carta abierta a principios de agosto la necesidad de un conglomerado y de una salida económica exactamente igual a la que el MPA personificaba como solución a la crisis:

“No alcanza ni un partido, ni dos ni tres, para discutir de igual a igual qué modelo de país queremos. ¿Es un sueño imposible imaginar un Gobierno de Unión Nacional en el que participen todas las fuerzas sociales: partidos políticos, entidades empresarias, sindicatos, fuerzas espirituales? ¿No cumpliríamos un anhelo de toda la sociedad si pospusiéramos los intereses partidarios para volcar las convicciones comunes en una única empresa nacional?” (Clarín, 1 de agosto del 2001).

Este llamado de Alfonsín tuvo una fuerte repercusión, que contó con el apoyo de las centrales sindicales, la Iglesia Católica, el Grupo Productivo y varios aliancistas, amén de Duhalde, el MPA y el peronismo bonaerense¹⁵. El mismo Duhalde expresó sus deseos de participar de un gobierno de salvación y a hacer renunciamentos en función de ello: “Nosotros tenemos que hacer un gran pacto, al estilo La Moncloa [en España], por el que estoy dispuesto a resignar ser candidato a nada” (Clarín, 25 de agosto del 2001). Además, Alfonsín y el peronismo bonaerense, la UIA y ambas CGT comenzaron a presionar insistentemente al gobierno para que replantee –o directamente abandone- el pago de la deuda estatal (Página 12, 1 de septiembre del 2001). El proyecto de fondo por parte de la entente Alfonsín-Duhalde era que este último se sumara al gobierno como jefe de gabinete y pudiera así aplicar un cambio de rumbo desde allí, apoyado por el amplio espectro “productivista” que había conformado, cristalizado en el MPA¹⁶.

¹⁵ “Empresarios y sindicalistas le rezan a la unidad nacional” (Página 12, 10 de agosto del 2001), “Las CGT y la UIA señalaron la necesidad de reactivar el sector productivo” (*La Nación* 27/08/2001).

¹⁶ “Duhalde proyectaría ser jefe de Gabinete después de octubre” (*La Nación*, 30 de agosto del 2001).

Sin embargo, todas las operaciones y pedidos en esta dirección se enfrentaron con la inflexibilidad de De la Rúa y de Cavallo, quienes de ningún modo estaban dispuestos a realizar cambios de fondo ni tampoco a aceptar la llegada de Duhalde al gabinete. De esta manera, frente a la divergencia cada vez más notoria que se expresaba entre el presidente y su partido, De la Rúa señaló que el rumbo económico era inamovible –por lo que se aferraría en mantener el modelo de convertibilidad-, mientras que, en paralelo, comenzó a hablar en forma pública, en el programa televisivo de Mariano Grondona, de la existencia de una “conspiración” en su contra. Allí señaló: “Yo garantizo el rumbo del modelo, el cual está muy firme y no se va a cambiar [...] Cuando se habla de un gobierno de unidad y se publica que eso es para instalar a un jefe de Gabinete que cree un gobierno de salvación, como si el Presidente no tuviera el papel constitucional que le compete, podría llamarse conspiración” (La Prensa, 7 de septiembre del 2001; La Nación, 8 de septiembre del 2001). La denuncia sobre un complot resonó con fuerza en todo el arco político. Así, el dirigente cavallista Horacio Liendo lo planteó muy claramente:

“Como lo acaba de decir el Gobierno, hay una suerte de conspiración en marcha, de un grupo de dirigentes que cree que juntando a algunos sectores de la Unión Industrial, del sindicalismo o de áreas políticas pueden tomar el poder, dejarlo o sacarlo a (Fernando) De la Rúa y tomar el poder, que es lo que denunció [el vocero presidencial] (Juan Pablo) Baylac [...] [Tienen un plan que] incluye la salida de la convertibilidad y la reestructuración de la deuda, es decir, el default [...] Por eso acá no es un tema menor lo que va a ocurrir de aquí a tres meses [...] Por eso no es tan menor lo que se juega el 14 de octubre [en las elecciones]” (La Prensa, 7 de septiembre del 2001).

Un día después de estas declaraciones, la ministra Patricia Bullrich, volvió a insistir con las ideas de conspiración: “Quieren mover el poder hacia un eje radical-peronista, en contra de la nueva alianza del Gobierno [con Cavallo]. De golpe nos encontramos que se quería poner el 14 de octubre como el ‘Día D’ y esto planteaba un intento no de ayudar al Presidente, [sino] de querer desplazar el poder” (La Nación, 8 de septiembre del 2001). Increíblemente, a un mes de las elecciones legislativas de octubre, la guerra cruzada entre miembros de la UCR y el gobierno se había lanzado. Con ella, Domingo Cavallo enfrentó

insistentemente a los partidos aliancistas y denunció la distancia de estos con el gobierno: “la Alianza ya no existe, porque ellos se fueron” (La Nación, 21 de septiembre del 2001). Así, dijo que Alfonsín era “un fenómeno desaparecido de la política” y que los ex ministros radicales Storani y Terragno “se fueron como ratas que escapan del barco que se hunde” (Clarín, 5 de septiembre del 2001). Como respuesta, Alfonsín empezó a denunciar operaciones políticas en su contra y a temer por su “seguridad” (Página 12, 2 de septiembre del 2001), a la par que se quejaba de los ataques que recibía desde el gobierno antes de las elecciones, señalando “supongo que quieren que salga último, pero se llevarán un chasco, porque saldré primero” (Clarín, 5 de septiembre del 2001). Sin embargo, negó que en las denuncias de “complot” que lanzó el gobierno él estuviera implicando con el pobre argumento de que “El Presidente no se refirió a ningún radical” (La Nación, 8 de septiembre del 2001), aunque advirtió “Si ellos siguen interpretando que todo lo que se diga es parte de un complot para disminuir la autoridad presidencial, se hace muy difícil el diálogo” (La Nación, 5 de septiembre del 2001). Por su parte, los gobernadores de la UCR también se lanzaron contra el gobierno. Aunque, igualmente, las acusaciones del partido en general no apuntaron directamente contra De la Rúa para respetar las formas, por lo que el grueso de ellas fueron contra Cavallo, un extra partidario que era el símbolo de las políticas opuestas a las que preferían los radicales y de la distancia entre el presidente y el partido. Así, el gobernador del Chaco, Ángel Rozas, fustigó: “Con la ayuda que nos está dando Cavallo, yo no tengo dudas que la Alianza va a perder las elecciones de octubre” (La Nación, 20 de septiembre del 2001). Lo mismo hizo su par de Entre Ríos, Sergio Montiel, al acusar a Cavallo de “ser defensor de intereses privados” y de hacer un llamado para “rescatar al presidente De la Rúa de la prisión en la que lo mantienen ese funcionario y sus amigos [...] Cavallo hizo todo lo posible para crearle problemas al Gobierno, y luego reapareció como el salvador del país para imponerse, junto con sus amigos y los intereses que representa”, mientras que el gobernador de San Juan, Alfredo Avelín, fue más leve: “yo no le pediría la renuncia a Cavallo, eso tiene que hacerlo el Presidente” (La Nación, 20 de septiembre del 2001). Frente a las críticas de la UCR, un funcionario delarruista se quejó: “El país necesita un gobierno que sea apoyado por todos, pero principalmente por la dirigencia de la UCR. Es necesario un radicalismo que trabaje por el país y que apoye al

Presidente y que no tenga una urna en la cabeza” (La Nación, 5 de septiembre del 2001), al tiempo que Baylac se encargó de asegurar que “no hay campaña alguna en contra de Alfonsín” (La Nación, 5 de septiembre del 2001). La UCR suspendió su convención anual para evitar que se expresen conflictos irreversibles (Clarín, 27 de septiembre del 2001), a la par que la Alianza se estaba autoaniquilando a sí misma, sólo acordando sus partidarios en criticarse mutuamente.

Si la coalición en 1999 logró presentarse unida en veintiún distritos, para las elecciones de 2001 sólo lo hizo en doce (llamativamente, en tres de las seis provincias gobernadas por el radicalismo el acuerdo ya no prosperaba –Mendoza, Entre Ríos y Chubut-). Además, lo más paradójico de todo era que en los dos principales distritos en los cuales la Alianza había nacido eran los más abiertamente contrarios a su propio gobierno. En la Capital Federal, bastión histórico del delarruismo, se impuso la lista contraria a éste en la UCR cuando Terragno venció en la interna al amigo personal del presidente Facundo Suárez Lastra (Clarín, 14 de agosto del 2001). Terragno, como una suerte de revancha por cómo lo habían expulsado del gobierno un año atrás, atacó el blanco preferido por todos al cuestionar la marcha económica: “este modelo económico está definitivamente agotado” (Clarín, 18 de septiembre del 2001). En la provincia de Buenos Aires la lista a senadores de la Alianza la encabezó Alfonsín y la de diputados Leopoldo Moreau y Storani. Moreau, quizás el radical más crítico de todos, señaló que la acusación de complot por parte de la UCR contra el gobierno era “canallesca e hipócrita” (La Nación, 8 de septiembre del 2001), al tiempo que retomó: “Cavallo estaría más feliz con un triunfo de Duhalde y de Remes Lenicov [en la provincia] que con un triunfo de la lista que encabezo, porque bien sabe que si nosotros triunfamos se va a tener que ir del Ministerio de Economía [porque] a esta altura la permanencia de Cavallo al frente de Economía resulta una patética foto del pasado” (La Nación, 20 de septiembre del 2001). Con este escenario, la situación del gobierno era un juego imposible: si triunfaban las listas aliancistas, significaba un claro avance de los sectores más reacios a De la Rúa y Cavallo y a todas las políticas de estos, por lo que el presidente se vería obligado a claudicar y subordinarse a lo que el partido le reclamaba, pero en cambio, si triunfaba la oposición, el gobierno quedaba aún más solo y con una

derrota indisimulable. Terragno, señaló el escenario sin salida al cual se estaba dirigiendo el gobierno, dado que Cavallo hizo en la ciudad de Buenos Aires un pacto con la facción menemista del PJ, declarando con ironía con respecto a quién votaría De la Rúa en el cuarto oscuro: “No se me ocurre que el Presidente pueda votar en contra de lo que decidió su propio partido” (La Nación, 8 de septiembre del 2001). Por lo que, el camino de las elecciones de octubre sólo podría generarle al gobierno un duro golpe del que difícilmente pudiera recuperarse.

Negociaciones y enfrentamientos frente a un barco que se hunde (de octubre de 2001 a diciembre de 2001)

*Siempre adelante radicales, adelante sin cesar.
Que se rompa y no se doble el partido radical.*

Marcha Radical, himno de la UCR

El resultado final de las elecciones del 14 octubre de 2001 implicó una apabullante derrota para el gobierno. En casi todo el país se impuso el peronismo mientras que el oficialismo sufrió una sangría de votos desastrosa: entre 1999 –año triunfal para la Alianza- y 2001 el gobierno perdió más de seis millones de votos. Además, en los principales centros urbanos se produjo el extraordinario fenómeno conocido como “voto bronca”, que fue la opción de un cuarto de los votantes, que expresaron su descontento a través de anular los sufragios, votar en blanco, el ausentismo o apoyar a candidatos castigo. En este sentido, las elecciones de 2001 parecieron arrasarse con todo el sistema político e institucional, ya que si bien la derrota del oficialismo fue resonante, el peronismo consiguió igualmente menos votos que en 1999, año en el que fue derrotado. Además, las listas aliancistas que se presentaron como críticas al gobierno apenas pudieron salvar sus ropas con resultados que poco las habilitaban a desplegar un gran juego político propio: tanto Alfonsín, como Terragno, Storani y Moreau fueron vencidos en sus distritos por el voto bronca, obteniendo apenas una fracción de lo cosechado en 1997 y 1999 (Zícari, 2014c).

Sin embargo, y con todo, desde el radicalismo interpretaron el resultado en una sola dirección: el gobierno había sido el gran perdedor y debían producirse por ende cambios de fondo. Esto significaba que las principales decisiones se tendrían que dar por consenso hacia el futuro y no más de modo unilateral por parte de De la Rúa como había sido hasta entonces, además, la política económica habría que modificarla y terminar de forma inmediata con la gestión de Domingo Cavallo. Con ello, no podrían haber nuevos ajustes y habría que terminar con la política del “déficit cero”. No obstante, más allá del análisis del partido, el gobierno rechazó cualquier lectura que validara aquello y opinó todo lo contrario. Según De la Rúa, Cavallo había sido “el único ministro ratificado expresamente en las urnas” (Clarín, 18 de octubre del 2001). Es más, según el presidente, se animó a sugerir que los únicos derrotados fueron aquellos que hicieron campaña contra el gobierno, dando a entender que los votos habían sido una ratificación a su persona más que una protesta: “Nuestros candidatos en la Ciudad de Buenos Aires eligieron la confrontación con el Gobierno [...] así que tienen que hacerse cargo ellos del resultado de haber sido superados por el voto en blanco”. El mismo argumento utilizó para contestar las críticas de Moreau: “El hizo una campaña de total ataque al Gobierno y la verdad que no sacó muchos votos” (Clarín, 18 de octubre del 2001). Incluso más, el gobierno después de las elecciones desmintió cualquier señal que implicara una pérdida de apoyo y comenzó a planear la campaña para la reelección presidencial de De la Rúa con miras al 2003¹⁷. Del mismo modo, ante la profundización del deterioro económico, agudizó los planteos más económicamente ortodoxos para realizar estudios junto al menemismo sobre la posibilidad cierta de dolarizar totalmente la economía (como opción preferible antes de devaluar)¹⁸ y mandó al Congreso un presupuesto para el 2002 en el cual se mantenía la ley de “déficit cero”, se duplicaban los recortes en el Estado y se suspendían los aguinaldos para salarios y jubilaciones¹⁹. Es decir, el gobierno se decidió a insistir con el conservadurismo y el

¹⁷ Ver al respecto “El *plan de Gaby, Fofó y Miliki* o cómo reelegir a Fernando De la Rúa” (Página 12, 4 de noviembre del 2001).

¹⁸ “La dolarización, impulsada por De Santibañes y el Menemismo” (Clarín, 28 de octubre del 2001); “El JP Morgan quiere que Cavallo dolarice rápido” (Página 12, 18 de octubre del 2001).

¹⁹ “En Economía quieren borrar el aguinaldo” (Página 12, 21 de noviembre del 2001), “Cavallo propone no pagar en el 2002 el aguinaldo de estatales y jubilados” Clarín (22 de noviembre del 2001).

fiscalismo exactamente contrarios a los que su partido le pedía y a concentrar aún más funciones dentro de su entorno personal, como también a preferir ensayar una alianza con Menem antes que con la UCR. Fue por ello que De la Rúa alentó a los jueces de la Corte Suprema de Justicia para que liberaran a Menem –preso desde junio- luego de las elecciones, ya que era este último dirigente era el único sector político con el cual el presidente tenía coincidencias²⁰.

Ante una actitud del gobierno como esta, en la que expresaba que no haría ningún cambio, los principales líderes radicales continuaron sus acercamientos con otros partidos políticos, los empresarios del Grupo Productivo, los sindicatos, la Iglesia y Duhalde. Con ello, el primer objetivo buscado volvió a ser terminar con la gestión de Cavallo y producir con ello un cambio en la política económica. Así, prácticamente todo el partido se lanzó en pos de este camino: el chaqueño Rozas, próximo a asumir como presidente de la UCR para el periodo 2001-2003, exclamó “Hay que rectificar el rumbo económico urgente” (La Nación, 18 de octubre del 2001), Terragno señaló que “Hay crisis porque hay un modelo económico fallido” (La Nación, 16 de octubre del 2001), Avelín aseguró que “Cavallo tiene que irse del país” (La Nación, 18 de octubre del 2001), mientras que Alfonsín, desde el estrado principal de la CGT y en complicidad con los líderes sindicales, dijo que “Cavallo ha concluido su ciclo” (Clarín, 19 de octubre del 2001). A la par que el partido también se propuso quitarle los “superpoderes” al ministro desde el Congreso para forzar su alejamiento y además expresó públicamente que el presupuesto pedido por el gobierno para el 2002 con los nuevos recortes nunca sería aprobado (Página 12, 24 de octubre del 2001). Según el planteo mayoritario, no era que el radicalismo estuviera dejando solo a De la Rúa, sino que éste había decidido actuar de manera contraria e individual a lo propuesto por la

²⁰ Ver “Eduardo Menem: *Hay que darle un oportunidad a De la Rúa*” (La Nación, 18 de octubre del 2001); “Menem va en busca de su alianza” (Clarín, 18 de noviembre del 2001); “Una cadena de señales políticas” (Clarín, 20 de noviembre del 2001); “El Gobierno desmiente un pacto, pero se beneficiaría con el fallo” (La Nación, 21 de noviembre del 2001), “Alivio en la política oficial” (Página 12, 21 de noviembre del 2001); “Operaciones a cuatro manos y dos partidos” (Página 12, 25 de noviembre del 2001). Igualmente, es necesario señalar que antes de la liberación de Menem el mismo Alfonsín había dado su apoyo público a esto al señalar que era “un horror a nivel internacional tener un ex presidente preso” (Página 12, 25 de noviembre del 2001). Por su parte, el mismo De la Rúa buscó desligarse de su obvia influencia en la liberación de Menem al declarar que “[desde el Gobierno] no tenemos nada que ver, ninguna intervención ni en un sentido ni en otro” (La Nación, 20 de noviembre del 2001).

UCR. Por lo que, era más bien De la Rúa quien abandonaba al partido y no al revés. Storani lo resumió de manera limpia: “el partido no puede seguir dándole un cheque en blanco al Gobierno” (Clarín, 18 de octubre del 2001). En este sentido, a fin de noviembre la cúpula partidaria se plegó a la VII Conferencia Industrial organizada por la UIA. Allí, Rozas, Alfonsín, los sindicalistas Hugo Moyano y Rodolfo Daer junto con el resto de los aliados del MPA bajo el liderazgo de Duhalde volvieron a pedir la construcción de un gobierno de unidad nacional para lanzar un modelo “productivo”, con propuestas mercadointernistas y que terminara con la “dictadura del capital financiero” (La Nación, 23 de noviembre del 2001)²¹. La ministra de Trabajo de aquel entonces, Patricia Bullrich, hizo una declaración en función de estos comportamientos en el juicio que investiga el complot contra De la Rúa:

“Dos semanas antes de las elecciones e inmediatamente después comenzaron a sucederse un montón de reuniones con epicentro en la casa del Dr. Alfonsín cuyo tema excluyente era la conformación de un acuerdo político que excluyese al Presidente De la Rúa y que el eje principal para el debilitamiento de De la Rúa era apuntar a Cavallo [...] estas reuniones eran diarias casi como un cine continuado, se hacían en forma permanente participaban dirigentes radicales recuerdo el nombre de Moreau, Alconada Sempe, Rodolfo Daer, Cavallieri, Huest Ocampo [sic], el dirigente ferroviario Pedraza, De Mendiguren, se hablaba también de Ruckauf y Duhalde [...] me parecía que lo que estaban haciendo era parafraseando a Vandor ‘que el peronismo tenía que seguir, pero sin Perón’ eso querían hacer con el gobierno de De la Rúa. [...] [Cuando protesté por esto] El Dr. Alfonsín me contestó ‘vos no entendés que De la Rúa no quiere tomar las medidas que tiene que tomar, pero la Argentina las tiene que tomar, tenemos que devaluar y tenemos que dejar de pagar la deuda externa, y De la Rúa está obcecado y no va a tomar ninguna de estas medidas’ [En la reunión de la Unión Industrial ellos] eran conscientes que para llevar a cabo el programa alternativo que era el mismo que había planeado Alfonsín, para simplificarlo default y devaluación, era sin De la Rúa y sin Cavallo” (Causa 348/2002, fjs. 476-477)²².

²¹ Ver también “Duhalde y Alfonsín, un bello coro para De la Rúa” *Página 12* (3 de noviembre del 2001), “Duhalde y Terragno se mostraron juntos y pidieron un cambio de rumbo” *Clarín* (24 de octubre del 2001).

²² En el mismo juicio, De la Rúa reconoció que estaba al tanto de todas esas reuniones y planes: “el Dr. Alfonsín con toda lealtad me refirió, en una comida en Olivos, de un encuentro suyo con el Dr. Eduardo Duhalde, creo que fue después de la elección del día 14 de octubre, refiriéndome sobre algo que siempre coincidíamos, la importancia de culminar en 2003, que Duhalde le había dicho que el Gobierno efectivamente debía terminar en el año 2003, que era un gobierno de la Alianza que había ganado la elección y que por lo tanto la Alianza debía completarlo, pero agregó enseguida que Duhalde le dijo ‘pero no con este presidente’” (Causa 348/2002, fjs. 320-321).

Sin embargo, los hechos se sucedieron por sí mismos y, ante un nuevo clima de crisis económica, que volvió a implicar corridas bancarias y cambiarias, el gobierno a comienzos de diciembre se decidió a intervenir el sistema bancario y a limitar los retiros de depósitos con una medida que se conoció como “corralito”. Ante el clima de desesperación económica al que estaba tendiendo la situación, increíblemente De la Rúa volvió a rechazar la opción de concertar con su partido y otras fuerzas políticas como se le estaba ofreciendo. Para ello dijo que la idea de “acuerdo nacional” tendría que ser “para el futuro”, para “cuando el clima social, económico y político sea mejor” (La Nación, 6 de diciembre del 2001). No obstante el desplante que le hizo a los grupos reunidos en el MPA, el jueves 13 de diciembre De la Rúa se reunió con Menem en la Casa Rosada y se dejó fotografiar con éste por toda la prensa para mostrar que el presidente no estaba solo. Allí Menem habló sobre sus ideas de dolarización, de reforma constitucional, y de la necesidad de que los militares tuvieran un rol político en la resolución de la crisis: “Estoy proponiendo –decía Menem- una especie de acuerdo patriótico y sostengo en forma terminante que para un acuerdo de esa naturaleza es fundamental la participación de las Fuerzas Armadas y la Iglesia [...] No queda otra salida que una especie de acuerdo con todos los sectores de la vida política, empresarial y militar” (Página 12, 14 de diciembre del 2001). Desde el gobierno se envalentonaron y consideraron al encuentro como “absolutamente positivo” (La Nación, 14 de diciembre del 2001). Tres días después, el secretario General de la Presidencia, Nicolás Gallo, realizó un acalorado elogio sobre las ventajas que produciría dolarizar la economía y acercarse al ALCA –el plan de libre comercio que proponían por entonces desde los Estados Unidos-. Allí dijo: “América va hacia la dolarización, así como Europa fue a la moneda única. La gente cree que [con la dolarización] se pierde soberanía o se ata a los Estados Unidos, lo cual no es así [...] Estamos a punto de entender que la economía puede funcionar de esa manera, que es la aplicación estricta de la ley de convertibilidad, o sea, la moneda única” (La Nación, 17 de diciembre del 2001). Cavallo se cansó de señalar ante los medios públicos por esos días que la dolarización debía ser una alternativa que no se podía descartar (Página 12, 1 de diciembre del 2001; La Nación, 6 de diciembre del 2001; 15 de diciembre del 2001).

Las declaraciones de los hombres del gobierno, el publicitado encuentro entre De la Rúa y Menem, sumado a todas las señales previas, parecieron certificar que la decisión de dolarizar era inminente (Clarín, 16 de diciembre del 2001). Por lo cual, todos los grupos del radicalismo volvieron a unirse ante el espanto que les representaba dicha idea²³. Para Ángel Rozas, presidente del partido, resultaba “el peor camino de todas la alternativas” (La Nación, 14 de diciembre del 2001). Alfonsín detestaba la idea de dolarizar desde hacía mucho tiempo, mientras que Leopoldo Moreau sostuvo que legalmente no era posible de implementar dado que el presupuesto nacional, según la Constitución, debe calcularse en pesos (La Nación, 14 de diciembre del 2001). A su vez, el gobierno del Brasil, a pesar de las diferencias que sostenía con el argentino, estimó que dolarizar haría inviable al MERCOSUR, destruyéndolo totalmente (Página 12, 16 de diciembre del 2001).

Sin embargo, una vez más, ante un clima explosivo, los hechos se impusieron por sí mismos. El jueves 13 de diciembre, mientras se realizaba el conclave entre De la Rúa y Menem, en la provincia de Entre Ríos habían comenzado a producirse saqueos a comercios. Dos días después ocurrió lo mismo en la provincia de Mendoza. En ambas provincias, que eran gobernadas por el radicalismo, no pudieron evitarse los dramáticos episodios de violencia, mientras que en aquellas gobernadas por el peronismo sí se lo había logrado (como Santa Fe y Buenos Aires, que sufrieron muchos intentos de saqueos por esos días). El presidente De la Rúa, invadido por la desconfianza y la soledad, sólo se dejaba fotografiar rodeado por miembros de las FF. AA. para demostrar autoridad y poder de mando. No obstante, esto tampoco fue suficiente, porque el 19 de diciembre cuando comenzaron a producirse en forma masiva los saqueos en el conurbano bonaerense –en muchos casos, con organización e intencionalidad política-, el descontrol, las protestas y las movilizaciones se multiplicaron sin cesar y sólo pudieron tener fin con la renuncia de De la Rúa (Zícarí, 2012b). Dicha renuncia no buscó ser evitada por el partido ni tampoco se alzaron voces de la UCR para defender al presidente. Sino que De la Rúa terminó por

²³ Ver “A los radicales les preocupa el fantasma de la dolarización” (Clarín, 8 de diciembre del 2001), “El radicalismo rechaza la dolarización” (Clarín, 15 de diciembre del 2001), “La UCR no quiere dejar el peso” (La Nación, 17 de diciembre del 2001).

encontrarse aislado y gritando en solitario por el desierto político al que siempre había apostado como mecanismo de salvación.

De hecho, por el tipo de comportamiento individual que prestó De la Rúa durante su mandato, inmediatamente después de presentar su renuncia a la presidencia del país, varios integrantes de la UCR pidieron su expulsión del partido, la cual fue motorizada por Moreau, Storani, sectores ligados a Terragno y hasta por el Comité de la Capital Federal, histórico bastión delarruista. Finalmente, a pesar de las largas batallas legales y políticas que representó, la expulsión no se produjo nunca. Los cargos contra el ex presidente abarcaron entre otros “Apartamiento del propio cuerpo orgánico partidario, que le acercó propuestas que no escuchó”, traición al mandato popular y violación del contrato social. Como también se buscó justificar dicha expulsión para que sea un llamado de atención al partido y generarle “cargo de conciencia” por los muertos que dejó el gobierno que el radicalismo encabezó²⁴.

Conclusión. De la Rúa y la UCR: un triste y solitario final

Una de las características más sobresalientes de la historia del radicalismo ha sido el extremo faccionalismo de su vida interna. Se podría decir incluso que el partido nació ya dividido. El antecedente directo de la UCR fue la Unión Cívica en 1890, un agrupamiento creado con el fin de realizar un golpe de Estado contra un régimen que se acusaba de ser inmoral y corrupto y que por ello debía ser depuesto. Empero, luego de realizar la poco exitosa Revolución del Parque aquel año la Unión Cívica se dividió en dos: en 1891 el grupo mayoritario que lideraba Bartolomé Mitre hizo un acuerdo con el roquismo (creando la Unión Cívica Nacional), mientras que los grupos minoritarios y más intransigentes quedaron a cargo de Leandro Alem y le dieron vida a la Unión Cívica Radical. Con su

²⁴ Ver “Analizan la expulsión de De la Rúa como afiliado de la UCR” (La Nación, 6 de febrero del 2002); “UCR Capital aprobó la expulsión de De la Rúa” (La Nación, 5 de febrero del 2002); “De la Rúa quiere impedir que le quiten la afiliación” (Clarín, 28 de febrero del 2002); “Qué se debe hacer con De la Rúa” (Página 12 21/12/2003).

nacimiento, y después de intentar varias veces nuevas asonadas, de confrontar internamente y de no encontrar grandes diferencias con el partido de gobierno, el grueso de los radicales terminaron por sumarse a las filas de aquellos a los que habían jurado derrocar, por lo que el partido se disolvió y muchos de sus hombres llegaron al gobierno al terminar el siglo XIX, aunque por otro partido. Sin embargo, cuando despuntara el siglo XX y se produjera el renacimiento de la UCR de la mano de Hipólito Yrigoyen la agitada vida interna del partido no cambiaría mucho. Tampoco se producirían cambios cuando el radicalismo accediera al gobierno nacional a partir de 1916: allí, una vez que Yrigoyen se hubiera convertido en presidente del país, realizaría treinta intervenciones federales a las distintas provincias, aunque diecinueve de ellas serían contra gobernaciones de la propia UCR, que el yrigoyenismo no controlaba y se mostraban díscolas contra él.

Poco después, durante la década de 1920, el partido se volvería a dividir al nacer la UCR antipersonalista, convirtiéndose en la principal fuerza política contra Yrigoyen cuando volvió a la presidencia en 1928. Así, cuando se produjo el golpe de Estado que derrocó al caudillo en 1930 no sólo encontró el apoyo de los radicales antipersonalistas, sino también de Marcelo De Alvear y Eduardo Martínez (este último vicepresidente del derrocado Yrigoyen), ambos grandes entusiastas del golpe. Con ello, la década del treinta fue una suerte de revancha del radicalismo antipersonalista, que se convirtió no sólo en la columna vertebral de la coalición que gobernó toda la década (la Concordancia), sino que fuera la responsable de realizar el fraude y de alentar la proscripción contra otros grupos radicales.

En este sentido, el golpe de 1943 también fue hijo en parte de las internas del radicalismo, ya que dicha asonada había sido planeada tanto por militares como por sectores de la UCR que no podían acceder al gobierno (estos últimos, o bien por el fraude electoral o bien por la pérdida de popularidad que estaba sufriendo el partido por entonces). Del mismo modo, cuando Perón emergió como máximo líder político de ese golpe fue otra vez el radicalismo el encargado de actuar como oposición y oficialismo a la vez: una parte del partido fue la que condujo la Unión Democrática, mientras que otros sectores (como

FORJA y la UCR Junta Renovadora, esta última aportaría al vicepresidente de la fórmula peronista, Hortensio Quijano) fueron los que edificaron el peronismo y le permitieron a Perón escalar hasta la presidencia. En una dirección similar, y ya con el peronismo en el gobierno, fue el tándem Frondizi-Balbín el que condujo a los grupos más intransigentes del radicalismo contra aquél, al punto de conspirar con los militares para derrocar a Perón. En 1955 cuando el radicalismo logró su cometido y se produjo la caída de Perón, el partido no pudo con sus mañas y volvió a dividirse en guerra contra sí mismo: nacieron así en 1957 la UCR del Pueblo, a cargo de Balbín, y la UCR Intransigente, a cargo de Frondizi. Por lo que, cuando este último llegó a la presidencia a través de un pacto con el peronismo, fueron los radicales del Pueblo uno de los sectores más desestabilizadores contra su correligionario. No obstante, una vez que cayera Frondizi en 1962, la fórmula se invertiría al poco tiempo: ahora serían los radicales del Pueblo los que llegarían al gobierno y Frondizi sería el agitador que apoyara el golpe militar contra aquellos. Sin más, muchos sectores de la UCR alentaron y promovieron todos los golpes militares del siglo XX (al punto de legitimarlos, colaborar y prestar importantes cuadros políticos en ministerios, embajadas y demás cargos del Estado) tanto para proscribir y derrotar a rivales políticos, como también después ser los propios sectores del radicalismo los que hicieran presión para volver al estado de derecho y al orden democrático.

Según lo repasado en este artículo, la vida interna del radicalismo desde el retorno de la democracia en 1983 le permitió al partido atenuar sus conflictos facciosos así como también terminar con lo peor de su tradición golpista, abrazando como leitmotiv –gracias al liderazgo de Alfonsín- el respeto por las normas y la vida democrática, algo que anteriormente se había despreciado enormemente²⁵. Tras el gobierno de Alfonsín y su impronta, el partido logró ser una oposición tolerante durante el primer gobierno de Menem (1989-1999) y la construcción de la Alianza tiempo después demostró lo mucho que cambió el radicalismo al respecto. El partido pudo hacer convivir a sus distintas facciones internas sin tanta agitación como en otras épocas, sin tratar a los disidentes como enemigos

²⁵ Como acertadamente señala Bonnet (2007, p. 87): “Medio siglo de participación en administraciones fraudulentas, colaboración con las dictaduras militares y ejercicio de gobiernos resultantes de elecciones con proscripciones impide que la UCR pueda ser asociada de manera privilegiada a los valores democráticos”.

ni apelar a golpear las puertas de los cuarteles (características que, a decir verdad, debieron aprender todos los partidos políticos argentinos)²⁶. Igualmente, la UCR continuó con problemas para articular la fuerte estructuración partidaria con mecanismos lo suficientemente efectivos para renovarse y ejercer el gobierno.

Como mencionamos en la introducción, en América Latina los casos de inestabilidad política de la historia reciente han tenido diversos tipos de explicaciones. Así, se ha hablado de un “un nuevo patrón de inestabilidad” para explicar las crisis, se ha apelado a responsabilizar a la “informalidad de los partidos políticos” de la región, a las características propias del presidencialismo latinoamericano y también a las formas de distribución de los cargos y toma de decisiones que se establecen dentro de las coaliciones gobernantes. En todos los casos, igualmente, y más allá de los énfasis analíticos, los diferentes autores coinciden en que el factor vertebrador de las crisis suele estar muy relacionado con el tipo de vínculo que entabla el presidente con su base partidaria. En esta dirección, el caso estudiado de la relación entre la UCR y Fernando De la Rúa ofrece algunos puntos que merecen tenerse en cuenta al respecto y en comparación a otros casos de la historia política reciente de América Latina. Por empezar, en los casos señalados en la introducción se observó lo mismo: más allá de los problemas económicos y de la movilización social de los distintos países –que jugaron en cada situación un rol desigual-, la finalización de los gobierno dependió en buena medida de la fortaleza y de la cohesión que tuvieran los presidentes con las coaliciones gobernantes. Tanto en Brasil con Collor (1992), Guatemala con Serrano (1993) y en Ecuador con Bucaram (1996) fueron tres presidentes que perdieron sus puestos por no contar con un “escudo parlamentario” lo suficientemente sólido para evitar sus destituciones, ya que los partidos políticos con los que accedieron al gobierno tenían escaso peso legislativo y no lograron ampliar sus alianzas políticas. Por lo que, los presidentes no pudieron sobrevivir a las turbulencias políticas y quedaron en soledad. Los casos de Pérez en Venezuela (1993), Samper en Colombia (1996)

²⁶ Es interesante señalar que autores como Tulio Halperín Dongui (1994) responsabilizan principalmente al peronismo como factor de inestabilidad política en la historia argentina del siglo XX, cuando es indispensable notar que otras fuerzas políticas actuaron de igual o peor modo para generar la interrupción institucional. A su vez, esto último es todavía más notorio cuando la inestabilidad, el fraude y la proscripción políticas comenzaron incluso antes de que el peronismo siquiera existiera.

y de Cubas Grass en Paraguay (1999) son, igualmente, tres casos que confirman la regla, puesto que a pesar de contar los tres presidentes con partidos mayoritarios y estructurados, su relación con los mismos fue bien dispar. Pérez desde que asumió por segunda vez en Venezuela en 1989 llevó adelante un brusco programa económico sin consultar con su partido y del cual nunca recibió el apoyo para aplicarlo, lo cual finalmente le costó una destitución en 1993 apoyada en gran medida por Acción Democrática; Cubas Grass, a pesar de haber accedido a la presidencia por el histórico y mayoritario Partido Colorado, no contaba con el control del partido sino que era parte de una facción minoritaria de de éste menor y de la que ni siquiera era su auténtico líder, lo que hizo que el partido lo dejara en soledad cuando habilitó la libertad de Lino Oviedo, costándole este hecho finalmente el cargo. Por último, la experiencia de Samper en Colombia es la más elocuente al respecto, ya que éste accedió al gobierno por un partido mayoritario y sufrió una dura crisis política que lo arrastró hasta el juicio político en el Congreso, sin embargo, al haber mantenido una relación fluida y cercana con su partido, finalmente pudo evitar la destitución y completar así su mandato. Por lo que vemos, este último caso es el único en el que el “escudo parlamentario” no se deterioró y se pudo conservar el grueso del apoyo partidario, permitiéndole así finalizar su presidencia y ganar estabilidad aún los escándalos o las debilidades padecidas durante su gobierno. Sin embargo, y como hemos visto, para el caso de De la Rúa tenemos lo contrario a esto, ya que el argentino utilizó a su partido para llegar al gobierno y luego, una vez que accedió a él, decidió progresivamente ignorarlo y concentrar un poder individual con tenues lazos con los grupos que lo encumbraron. Así, en los momentos más críticos de su gestión, no buscó replegarse en los miembros de su coalición sino que practicó recurrentes estrategias de salvación individual, las cuales no sólo eran contrarias a lo que reclamaba su partido, sino que en muchos casos se tomaban para depender lo menos posible de éste. De la Rúa, para el caso aquí estudiado, en su conflicto con el vicepresidente Álvarez, la crisis de la economía turca, la designación de López Murphy, la llegada de Cavallo, la ley de déficit cero o incluso después de la derrota electoral de octubre (cuando desconoció el “acuerdo patriótico” multipartidario y polisectorial que Alfonsín y Duhalde encabezaban, para abrazarse políticamente una vez más al menemismo y a la alternativa dolarizadora) el presidente no buscó jamás consensuar

con su partido sino que acudió a él con las decisiones ya tomadas –muchas con las cuales el grueso de la UCR había manifestado tener un fuerte desacuerdo-, esperando siempre un respaldo automático y sin concesiones. Finalmente, cuando el presidente se quedó sin otro camino más que la renuncia recibió la soledad que había sabido edificar²⁷. Por lo que, esta historia nos vuelve a llamar la atención sobre la necesidad de pensar la conformación y funcionamiento de los partidos políticos para la democracia, puesto que sin un sólido funcionamiento de estos, la vida institucional de los países se vuelve débil y la inestabilidad puede convertirse en la regla.

Bibliografía

- Acuña, C. (1995). *La nueva matriz política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Álvarez, C. y Morales, S. (2002). *Sin excusas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Bonnet, A. (2007). *La hegemonía menemista: el neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Bovencchi, A. y Palermo, V. (2000). En torno a los entornos: presidentes débiles y partidos parsimoniosos. *Revista Argentina de Ciencia Política*, (4).

²⁷ De la Rúa admite que sólo pudo reconocer su propia soledad política a último momento. Por ejemplo, en el programa de televisión “Tercera posición” conducido por Rolando Graña el 10 de septiembre del 2014, señaló durante la entrevista: - ¿En qué momento Ud. dice “no puedo seguir y esto ya no tiene más sentido”?
- Cuando hablo con el presidente del bloque de senadores radicales, [Carlos] Maestro [...] El me llama y me dice: “Fernando, creemos que no hay más solución que la renuncia”. Entonces ante esto, digo ¿Ustedes también? Bueno, si en mi partido me dejan solo.
- ¿Ud. sintió que el partido también lo había abandonado?
- ¿Qué te parece? Si el presidente del bloque de senadores, que estaba con el presidente del bloque de diputados y hablaban desde la casa del Dr. Alfonsín y me dicen “no hay nada que hacer”, hemos hablado con Duhalde y Duhalde nos dice que no hay nada que hacer.
- ¿Había acuerdo Duhalde-Alfonsín para sacarlo?
- Yo digo que Alfonsín no ¿Qué voy a decir, que un presidente radical actuó para derrocar a otro presidente radical? Creo que faltó el partido [para] decirles a los justicialistas “eso no, con eso paren, contra las instituciones, no se puede ir”. Yo los hubiera parado. Pero bueno, estaban abrumados también por la situación. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=1YjRDJCIVcY>

- Calvo, E. y Escolar, M. (2005). *La nueva política de partidos en la Argentina. Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Castellani, A y Shorr, M. (2004). Argentina: convertibilidad, crisis de acumulación y disputas en el interior del bloque de poder económico. *Cuadernos del CENDES*, (57).
- Castellani, A. y Szkolnik. M. (2011). 'Devaluacionistas' y 'dolarizadores'. La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la convertibilidad. Argentina 1999-2001. *Documentos de Investigación Social* (18), 1-21.
- Corrales, J. (2010). *Presidentes sin partido. La política de las reformas económicas en Argentina y Venezuela en los años 90*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Di Mauro, J. (2003). *¿Qué se vayan todos? Crónica del derrumbe político*. Buenos Aires: Corregidor.
- Freidenberg, F.y Steve, L. (2007). Organización informal de los partidos en América Latina. *Desarrollo Económico*, 46 (184).
- Gaggero, A. y Alejandro W. (2004). Crisis de la convertibilidad: el rol de la UIA y su estrategia para el (tipo de) cambio. *Realidad Económica*, (204), 14-41.
- Halperín Dongui, T. (1994). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires, Ariel.
- Lanzaro, J. (2001) (Comp.). *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Mustapic, A. (2002). Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático. En M. Cavarozzi y J. Abal Medina. (Comp.). *El asedio a la*
356

política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal. Rosario: HomoSapiens Ediciones.

Novaro, M. (2009). *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983-2001).* Buenos Aires: Paidós.

Obradovich, G. (2011). La conversión de los fieles. Los cambios en el electorado de la Unión Cívica Radical en la década de los noventa. En A. Pucciarelli. (Coord.) *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Ollier, M. (2001). *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ollier, M. (2004). Hacia un patrón argentino de inestabilidad presidencial. *Estudios Sociales*, (27), 39-70.

Ollier, M. (2010). *Atrapada sin salida. Buenos Aires en la política nacional (1916-2007).* Buenos Aires: UnSan Edita.

Pérez-Liñán, A. (2009). *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Persello, V. (2007). *Historia del radicalismo.* Buenos Aires: Edhasa.

Pucciarelli, A. (2014). Crisis sobre crisis: la ley de Déficit Cero. Golpe de mercado, retorno a la ultraortodoxia, crisis política y comienzo de la resistencia popular. En A. Pucciarelli. (Coord.) *Los años de la Alianza, la crisis del orden neoliberal.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Raus, D. (2014). El Partido Justicialista en el gobierno de la Alianza. En A. Pucciarelli. (Coord.) *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Silleta, A. (2001). *Jaque al peronismo. Una década de traiciones.* Buenos Aires: 357

Latinoamericana Editora.

Zícari, J. (2012a). Gobernar con una sonrisa. La semana de Rodríguez Saá como presidente de la Nación. *Realidad Económica*, (272), 9-31.

Zícari, J. (2012b). Diciembre de 2001 en la Argentina. Movilización, saqueos y protesta popular. *III Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos*, Universidad Nacional de Cuyo–Mendoza, Argentina.

Zícari, J. (2013a). Poder y discurso. El giro neoliberal y los cambios sociopolíticos durante el primer gobierno de Menem (1989-1995). *Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*, (8), 2-25.

Zícari, J. (2013b). Reacomodarse frente al vendaval menemista. Un análisis de los comportamientos de la UCR y el Frepaso (1989- 1995). *XIV Jornadas Interescuelas*. Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional de Cuyo – Mendoza, Argentina.

Zícari, J. (2014a). El réquiem del uno a uno. Tres corridas bancarias y la instauración del corralito en el final de la convertibilidad. *Realidad Económica*, (281), 33-65.

Zícari, J. (2014b). Ajuste estatal sin equilibrio político. La gestión de López Murphy como ministro de Economía de la Alianza en marzo de 2001. *Colección (UCA)*, (24).

Zícari, J. (2014c). Las elecciones legislativas del 2001. Entre el ‘voto bronca’ y el final del gobierno de la Alianza. *Anuario de Historia*, (26), 273-293.

Zícari, J. (2014d). Matrioskas económicas. La convertibilidad argentina, sus ciclos y crisis. Dinámica interna, sistema bancario, déficit fiscal y endeudamiento. *Ensayos de Economía*, (45). 155-181.

Zícari, J. (2015). De la cooperación al enfrentamiento. Los quiebres en el movimiento piquetero argentino a partir de las asambleas nacionales del año 2001. *Navegamérica*. Revista de la Asociación Española de Americanistas, (14), 1-26.

- Zícari, J. (2016a). Miradas sobre el vendaval. Una revisión crítica de las explicaciones económicas y sociopolíticas de la crisis argentina de 2001. En prensa.
- Zícari, J. (2016b). De la derrota a la presidencia. La trayectoria política de Eduardo Duhalde entre 1999 y 2001. *Trabajos y comunicaciones*, (44), 1-30.
- Zícari, J. (2016c). Estrategias individuales, consecuencias colectivas. La renuncia de Chacho Álvarez a la vicepresidencia del país. En prensa.
- Zícari, J. (2016d). Cavallo, el gobierno de la Alianza y la crisis de 2001. De salvador de la situación a su muerte política. En prensa.
- Zícari, J. (2016e). Las dos crisis de la convertibilidad y su dispar resolución. Una explicación sociopolítica. *Espectros. Revista cultural*, (3).
- Zícari, J. (2016d). Del colapso de la convertibilidad a las bases económicas de la recuperación. La economía política de la presidencia de Duhalde. En A. Pucciarelli. (Dir.). *Los años kirchneristas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Diarios

Clarín. Recuperado de: www.clarin.com

La Nación. Recuperado de: www.lanacion.com

La Prensa: Recuperado de: www.laprensa.com.ar

Página 12: Recuperado de: www.pagina12.com.ar